

EXPEDICION AL INFINITO

glenn parrish

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

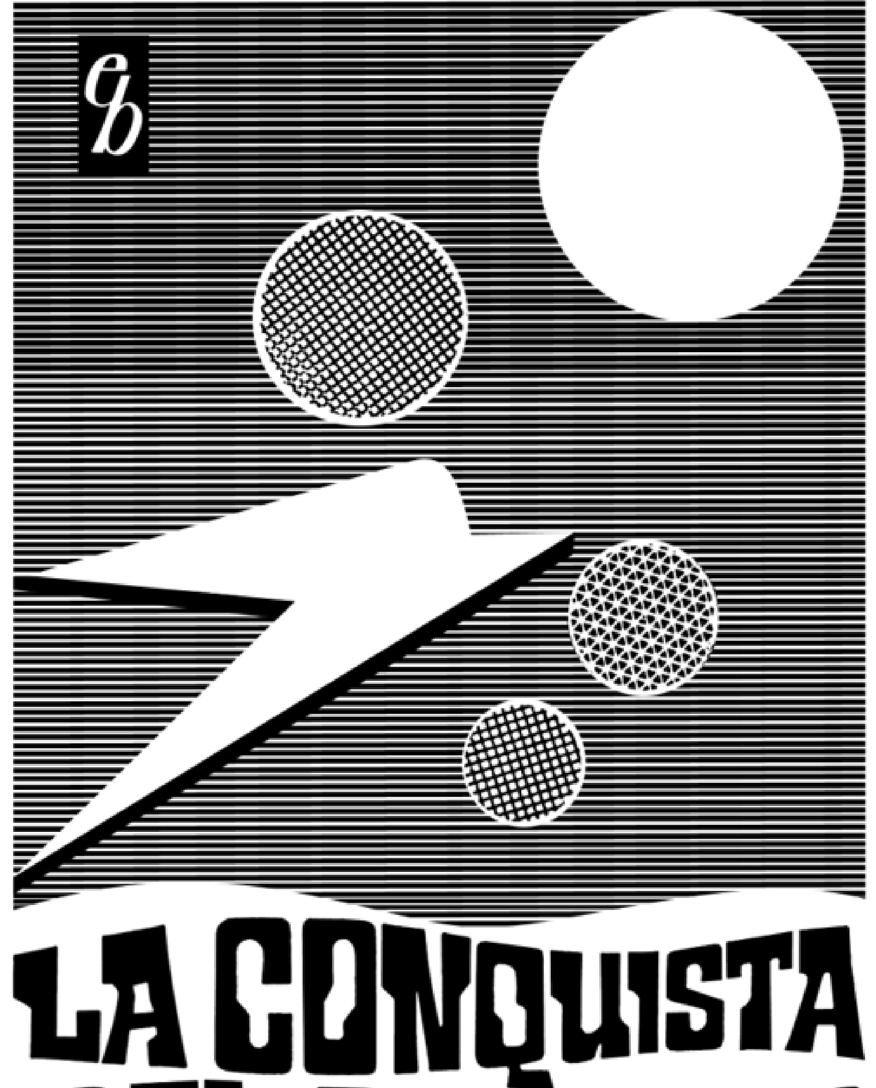
la conquista del ESPACIO

EXPEDICION AL INFINITO

glenn parrish

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — *La bomba máxima,* Glenn Parrish.
2. — *Señores de las estrellas,* A. Thorkent.
3. — *Sello mortal,* Glenn Parrish.
4. — *La nube cósmica,* Ralph Barby.
5. — *Enigma en Sural,* A Thorkent.

GLENN PARRISH

EXPEDICION

AL INFINITO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 336

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 46.663 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La nave se alzaba en el centro del extenso prado, brillante como una gigantesca bola de pulimentado metal, sostenida por un corto tren trípode de anchas bases. El diámetro de la bola era de unos treinta y cinco metros y en su parte central se divisaban algunas ventanas de forma circular.

La entrada se hallaba a cinco metros del suelo. Para acceder a la nave era preciso utilizar una escalera mecánica que los espectadores, no demasiados, por otra parte, suponían debía replegarse automáticamente.

A un metro del suelo, o menos, sobre el cuarto peldaño, había un hombre, vestido con un mono de tejido plateado. Contaba unos cuarenta años y tenía una frondosa cabellera, aunque su frente se prolongaba en lo que ya eran unas entradas más que indiscretas. Sobre su nariz, un tanto ganchuda, cabalgaban unos anticuados lentes con cerco de acero.

En el lado izquierdo del pecho, se veía un cuadrado rojo, con un 8 tumbado, en oro. El mismo emblema se veía pintado en la superficie de la astronave, si bien en un tamaño muy superior.

Había un par de fotógrafos de prensa, dos o tres aburridos reporteros y algunos curiosos, llegados de la aldea cercana. Los habitantes de la aldea sabían desde hacía tiempo de los singulares trabajos del profesor Thooker y ahora que conocían la noticia de su terminación, querían ver el resultado de su experiencia.

— ¡Amigos! —exclamó Thooker, con voz un tanto chillona, al mismo tiempo que levantaba el brazo izquierdo—. Aquí está mi nave, la que me permitirá llegar a las más distantes estrellas, en un tiempo increíblemente corto. Muchos me han considerado como un chiflado, pero cuando regrese de los más remotos planetas, los más insignes descubridores del pasado quedarán a la altura del betún, y perdonen la franqueza. Naturalmente, no voy a descubrir el secreto de mis métodos; he sido insultado, vejado, objeto de las más acerbas críticas, pero, repito, cuando regrese, amigos míos, todos cuantos se burlaron de mí, tendrán que ponerse de rodillas para reconocer humildemente su culpa. Por supuesto, yo les perdono de antemano…

— ¡Profesor! —gritó un periodista—. ¿Cuánto tiempo piensa estar en el espacio con ese chisme?

La cara de Thooker se encendió de ira.

— ¡Estúpido ignorante! —bramó—. Esta es la más perfecta astronave salida de la mano del hombre. ¿Acaso la considera usted una máquina de afeitar o una vulgar lavadora?

—Bueno, bueno, profesor, no se enfade —dijo el reportero—. La palabra chisme es más bien cosa de la costumbre…

—Responda —pidió otro—. ¿Cuánto tiempo durará su viaje?

—Oh, un año, des, cinco, ¿quién sabe? No tengo prisa; cuando se descubren mundos nuevos, la prisa no sólo resulta perniciosa, sino absurda. Estaré el tiempo que necesite.

—Y se traerá una esposa de algún planeta lejano —dijo un burlón.

—Sí, de cuatro patas y seis ubres —rió otro.

Thooker trató de fulminar con la mirada a los incrédulos.

—Imbéciles —masculló—. Está bien, si no me creen, ¿por qué han venido aquí?

—Profesor, ¿qué significa ese emblema? El ocho tumbado, por supuesto...

—Es usted un cretino, el alcaloide de la ignorancia. ¿Acaso no sabe que esa figura se llama nodo y representa el infinito? Aunque no esté escrito, mi nave se llama "Infinito", precisamente porque voy a emprender una expedición al infinito.

— ¡Cuidado con Satanás, profesor! —gritó un chungón—. También dicen que es infinito...

—Tengo un buen jardinero y no consiente que haya piedras en este prado —contestó Thooker con mordacidad—. De lo contrario, ya estaría usted camino de una clínica, para que le curasen una buena descalabradura. Está bien, idiotas; me voy...

Una mano se alzó bruscamente.

— ¡Profesor! ¿Cómo se va a alimentar en el viaje? —preguntó un periodista.

—Tengo una despensa, con alimentos suficientes para un año. Naturalmente, también llevo agua en abundancia. Una persona necesita por término medio dos kilos de comida variada y dos litros de agua, lo que significa tres mil seiscientos cincuenta kilos de comida y otros tantos litros de agua en un período máximo de cinco años. Ahora bien, el peso total de las provisiones suma seis toneladas, y, en cuanto al agua, teniendo en cuenta las necesidades de higiene corporal, dispongo de varios tanques que contienen, en total, veinticinco metros cúbicos de líquido, es decir, siete veces más de lo que pudiera necesitar, siempre en el supuesto que mi expedición dure cinco años.

—También llevará vino, profesor.

Thooker se irguió majestuosamente.

—Soy abstemio, caballero —repuso—. Y ahora, prepárense para contemplar el mayor prodigio en la historia de la humanidad: el principio de una expedición al infinito.

Lentamente, Thooker empezó a retroceder por la escalera, sin hacer caso de las burlas y risas que sonaban continuamente. De pronto, cuando ya llegaba al penúltimo escalón, se le trabaron los pies y cayó de espaldas.

La escalera se replegó automáticamente, lanzándolo al interior

de la esfera, con lo que la hilaridad aumentó hasta límites increíbles. Algunos se sentaron en el suelo, llorando literalmente de risa,

—Apartémonos —dijo un prudente—. Si este cacharro explota...

La gente se alejó de la esfera. Súbitamente, la nave alzó el vuelo.

Primero se levantó unos metros. Las patas del tren de aterrizaje desaparecieron en el interior. Luego, poco a poco, pero con creciente velocidad, la esfera ascendió verticalmente. De pronto, desapareció. —Pues era verdad —dijo uno.

—A ver si resulta que ese chiflado tenía razón —mascullό un periodista, a la vez que se volvía hacia un fotógrafo—. Teddy, ¿has tomado alguna vista?

—He consumido un rollo entero de película. Pero aquí, el amigo Denis, incluso ha usado su cámara cinematográfica, ¿no es así?

Denis Wesley asintió.

—Es cierto —convino—. Bueno, creo que ya podemos irnos...

La gente empezó a dispersarse. Algunos, sin embargo, aprovechando que hacía un tiempo espléndido, se quedaron charlando apaciblemente en el prado, bordeado en tres de sus lados por una frondosa arboleda.

De súbito, cuando apenas había pasado un cuarto de hora, la nave se hizo visible de nuevo.

—Vaya, qué poco ha durado el viaje —comentó alguien.

— ¿Qué excusa dará ahora el profesor? —sonrió otro.

Pero, por más que esperaron, la escotilla de la nave permaneció obstinadamente cerrada. Nadie salió de su interior durante el día, ni al siguiente ni en los venideros.

* * *

La astronave descendió pausadamente. El profesor Thooker manipuló en el mando de apertura de la escotilla. Luego se dirigió

hacia la salida.

—Ah, qué bueno es el aire de la Tierra —exclamó, respirando a pleno pulmón.

Llegó a la escotilla y se dispuso a poner el pie en el suelo. De pronto, se detuvo, como herido por el rayo.

— ¿Quién diablos ha construido otra "Infinito"? —gritó.

A cien pasos de distancia, el metal de una nave, gemela a la suya, brillaba delicadamente al sol de primavera. Rabiando de ira, Thooker saltó al suelo y echó a correr hacia la otra esfera.

—¡Bandidos! ¡Miserables! ¡Habéis plagiado mi invento, el mayor descubrimiento de la ciencia en todos los siglos!

Cuando llegó al pie de la esfera, blandió el puño.

— ¡Vamos, salid, cobardes! ¡Dad la cara, que os vea yo, malditos plagiarios!

Desde el lugar en que se hallaba, podía ver las líneas que marcaban los bordes del suelo, por lo que no podía llegar a ella sin la ayuda de una escalera.

Su casa estaba allí. Había un cobertizo, destinado a guardar las herramientas de jardinería. Thooker recordaba muy bien la escalera que su jardinero solía utilizar para recordar algunos setos demasiado elevados. Inmediatamente, dio media vuelta y echó a correr.

De pronto, vio un palo abandonado en el suelo. Era largo, más de cuatro metros, y juzgó que era suficiente para golpear la escotilla y llamar así la atención de los ocupantes de la otra "Infinito".

Thooker se inclinó y asió el palo. Pero se levantó con las manos vacías.

— ¡Diablos! —masculló, atónito.

Por segunda vez, realizó la intentona. El palo continuó obstinadamente caído sobre la hierba.

Entonces, Thooker oyó el ruido de un motorcito. Al volver la cabeza, vio a su jardinero, que iba montado en la segadora de césped.

— ¡Eh, James! —gritó—. Párese, quiero hablar con usted.

James no dio muestras de haberle oído. Thooker echó a correr hacia la máquina, que se movía con notable lentitud, sin dejar de gritar como un energúmeno.

Pero el jardinero seguía sin oírle. Furioso, Thooker se plantó ante la segadora.

— ¡James, condenado estúpido! ¡Párese de una vez! ¿Es que no me oye?

La segadora, tan imperturbable como su conductor, prosiguió la tarea de recortar el césped. Thooker decidió quedarse en el mismo sitio, cortando el paso a la máquina.

—Ese imbécil debe de estar borracho —masculló.

Extendió los brazos. La segadora no se detenía ni James oía sus voces.

—Bien, a ver si me atropellas, condenado hijo de...

La segadora llegó hasta Thooker y siguió rodando. Segundos después, el profesor, aterrado y estupefacto a un tiempo, se dio cuenta de que le sucedía algo increíble.

La máquina había atravesado su cuerpo sin causarle el menor daño.

Bajó la vista. Sintió un escalofrío.

Era abril, las nueve de la mañana. Los rayos de sol llegaban oblicuamente a la Tierra.

Pero el cuerpo del profesor no proyectaba su sombra sobre el suelo.

* * *

Sonia Still llegó a su casa y lanzó la capa de pieles sobre un diván. Hacía ya mucho tiempo que el profesor Thooker había iniciado su experimento y se sentía preocupada porque la esfera había vuelto, pero su ocupante no había salido de su interior.

Sonia conocía bien al profesor y sabía. que, en ocasiones, se aislaba incluso semanas enteras y aun meses para su trabajo. Puesto que en la nave había comida y agua en abundancia, era de suponer que Thooker se hubiese quedado en ella, tras su rápida vuelta, a fin de buscar el posible falle que le había hecho volver a la Tierra a los quince minutos escasos de la partida.

Un amigo le había recomendado la persona idónea para hacer algunas investigaciones al respecto, pero Sonia se resistía, con la esperanza de que el profesor saliera de la nave sin tardar ya mucho. Un tanto desalentada, Sonia se encaminó al cuarto de baño, en donde empezó a quitarse la ropa.

De pronto, cuando ya sólo le quedaban el sujetador y los pantaloncitos de encaje, oyó una voz que pronunciaba su nombre:

— ¡Sonia!

La joven, alta, muy rubia, de silueta escultural, lanzó un agudo chillido.

— ¡Herb! ¿Qué haces aquí, indiscreto? Todavía no soy tu esposa...

—Sonia, por favor, te he visto mil veces con un traje de baño que aún tenía menos tela.

—Sí, pero esto es distinto. Son prendas de lencería y... bueno, a los hombres les gusta mucho ver a una mujer así...

— ¡Sonia! ¿Cuántos te han visto de esta manera?

—No seas bruto, Herb; era sólo una figura dialéctica. Pero ¿quieres salir del baño de una vez o no?

—Escucha, por favor, déjate ahora de remilgos. Lo que me está pasando es muy serio.

—Sí, como todo lo que haces tú —respondió ella cáusticamente —. Hace casi un año que volviste de tu viaje al infinito y ahora es el momento en que te dignas salir de tu chisme para visitar a tu prometida.

— ¡Sonia! ¡He vuelto hoy mismo! Desde mi regreso hasta este momento sólo media el tiempo que me ha costado llegar a tu casa.

—Herb, no trates de tomarme el pelo. Yo te quiero mucho, pero hay cosas por las que no pienso pasar. ¡Y deja de mirar como viejo verde!

—No estoy mirando, estoy al otro lado de la puerta del baño.

—Muy bien, ahora salgo, tonto.

Sonia se puso una bata, se anudó el cordón y salió del baño por la puerta que comunicaba directamente con su elegante dormitorio. Al llegar allí se detuvo, desconcertada.

— ¡Herb!! —llamó—. ¡No me gusta jugar al escondite!

—Pero si estoy aquí, frente a ti, querida…

Sonia alargó el cuello levemente. Hubiera jurado que parecía entrever una delgada película de algo sumamente transparente, con silueta humana, pero, en el mejor de los casos y con el mayor optimismo, le resultaba imposible afirmar nada.

—Herb, no me tomes el pelo…

—Cariño, no sé lo que ha pasado, pero, al volver, me he vuelto invisible. Estoy y no estoy en nuestra dimensión normal, ¿comprendes?

En el mismo instante, Sonia sintió una especie de vértigo. Sus rodillas se doblaron y rodó sobre la espesa moqueta del pavimento.

CAPÍTULO II

La joven se paseó lentamente, haciendo ondular sus pomposas caderas, a la vez que sacaba mucho pecho, ya protuberante de por sí. En la blusa ya se advertía una costura que empezaba a ceder. La diminuta falda podía estallar en cualquier momento.

—Bien —dijo ella—. ¿Qué le parezco como secretaria, señor Lake?

Brian Lake carraspeó con aire solemne. Realmente, era una apetitosa mujer la que tenía frente a sí, pero lo que menos deseaba era complicarse la vida con una secretaria más inclinada a usar sus rodillas como asiento que el propio sillón de su cuarto de trabajo. El amor era una cosa y los negocios, otra. Y a él le gustaba actuar en ambas por separado.

—Muy bien, magnífico, tiene usted unas aptitudes extraordinarias para el secretariado. Déjeme su dirección y la avisaré.

La rubia se marchó, un tanto despechada. Dake torció el gesto.

—Puede que debajo de un farol encuentres más trabajo —rezongó, en el mismo momento que llamaban a

la puerta.

Desde la mesa, abrió. Su despacho era una vasta pieza de forma semicircular, con el sector curvo totalmente encristalado. El tablero de la mesa estaba suspendido en el aire por cuatro invisibles hilos de antigravedad, lo mismo que el sillón, de estremecedor diseño futurista. En cuanto a los vidrios de la pared curva, eran polarizables, lo que significaba que se podía graduar la mayor o menor cantidad de luz diurna que penetraba a su través y aún hacerlos totalmente opacos.

Una hermosa joven, muy alta, esbeltísima, de largas piernas, entró en la vasta estancia, llevando en su mano derecha lo que parecía un pequeño maletín de aseo.

—Señor Lake —dijo.

—Sí, señora.

—Me llamo Sonia Still y deseo exponerle un problema de suma gravedad.

Lake indicó el sillón que tenía frente a su mesa. —Siéntese, señora... —Señorita. —Dispense.

Sonia ocupó el sillón y cruzó las piernas, que Lake contempló no sin admiración, comparándolas mentalmente con la de la frustrada secretaria. "Esa chica era un elefante", pensó.

—Antes de entrar en materia —dijo Sonia—, debe saber que he estado hablando con el profesor Wannewar, el doctor Von Katzue, el doctor Mihito y el doctor González Río, todos eminentes físicos, como es probable que usted no ignore. Ninguno de ellos, sin embargo, ha sabido darme la solución al caso que me acongoja.

"Habla como en un melodrama". Pero, cortés, Lake no hizo el menor comentario sobre el lenguaje de la hermosa joven que tenía frente a sí.

—Señorita Still, si esos distinguidos científicos no han sabido solucionar su problema, ¿cómo espera que lo haga yo, un simple investigador...?

—Que obtuvo, hace algunos años, su doctorado en Astrofísica, con la calificación *magna cum laude,* debido a la tesis elaborada sobre la teoría: "Posible duplicidad de los campos espaciotemporales en el interior o en las inmediaciones de un vehículo que se desplace a velocidades hiperlumínicas". ¿No es así?

— ¡Caramba, señorita Still! —exclamó Lake, sinceramente admirado—. Está usted muy bien enterada de mi... mis características personales.

—De algunas, solamente, es decir, las que más me interesan —puntualizó Sonia—. También sé que se diplomó en Psicología y abandonó la Física, porque, según parece, le agrada más el estudio de las personas.

—Eso es muy cierto. Aunque tenga el título de doctor en Astrofísica, acabé por odiar esa ciencia,

—Y se hizo investigador psicólogo.

—La profesión me agrada más. Pero, dígame, ¿cuál es su problema?

—Doctor Lake...

—Por favor, no me llame así. Me hace sentirme viejísimo. Aunque nos conozcamos sólo desde unos minutos, llámeme Brian.

—Muy bien. ¿Ha oído hablar usted del viaje de la “Infinito"?

— ¿La nave que construyó aquel chiflado que se llamaba Herb Thooker?

—Ese chiflado es mi prometido —dijo Sonia secamente.

—Disculpe, no lo sabía. La nave despegó, pero regresó al cuarto de hora. Y de eso hace ya casi un año. Pero no entiendo qué relación pueda tener la "Infinito" con su problema...

De pronto, Sonia puso el maletín sobre la mesa y lo abrió.

—Sal, Herb —dijo.

* * *

—No soy ningún chiflado —sonó la voz del invisible Thooker—. Por alguna razón que ignoro, estoy, en parte, fuera de la dimensión normal de la Tierra. Y mi nave se desdobló en el viaje, que ha durado casi un año, como muy bien ha dicho mi prometida. Lo que pasa es

que tanto la nave como yo somos ahora absolutamente invisibles. Las cosas pasan a mi través, como yo atravieso las paredes y los objetos, como si fuese un espectro. Pero le veo y le oigo perfectamente a usted y a mi prometida y a todos los demás seres humanos. —Thooker se volvió hacia la joven—. Sonia, ahora me explico por qué James no me oyó cuando le grité que parase su maldita segadora. El año pasado sufrió una fuerte otitis y sus tímpanos están hechos una porquería.

—Sí, es cierto —admitió la muchacha.

Lake tenía la boca abierta. "Debo de estar soñando. Y en todo el día no he probado una sola gota de alcohol", se dijo.

De pronto, creyó comprender.

—Ejem... Señorita Still.

— ¿Si? —dijo ella.

—Es usted una ventrílocua de primera magnitud. ¿Por qué no va a solicitar un contrato en un buen teatro de variedades?

— ¡Pero si es verdad! Herb está aquí, con nosotros —protestó la joven.

—No se trata de ningún ejercicio de ventriloquia, señor Lake —rezongó Thooker—. Le digo que me encuentro fuera de la dimensión normal de la Tierra. Algo sucedió durante mi viaje y la nave se desdobló... ¿O es que ya no recuerda las teorías expuestas en su tesis doctoral?

Lake se puso rígido.

Así, pues, lo que había entrevisto, más que supuesto, podía ser realidad.

—La "Infinito" regresó al cuarto de hora —siguió Thooker—, pero ya se había desdoblado... duplicado, estaría mejor dicho, y yo continué viaje. Y estuve en tres planetas situados a decenas de años luz, todos ellos habitados por seres inteligentes —continuó Thooker—. Hablé con numerosos extraterrestres, tomé fotografías, películas, grabé conversaciones, traje muestras de su arte... pero todo eso está en la nave duplicada, la nave que nadie sino yo puede ver, porque está en la misma dimensión en que ahora me encuentro, es decir, parcialmente fuera del campo espaciotemporal de la Tierra, pero no del todo, puesto que tengo la facultad de emitir sonidos y hacer que

los demás puedan percibirlos. Pero, en cambio, ni siquiera puedo levantar una pluma de su mesa de despacho.

Lake sacudió la cabeza, después de la parrafada que acababa de soltar su invisible visitante. En apariencia, era increíble... pero muy bien podía resultar auténtico.

—Muy bien —contestó—. Admitamos que ha dicho la verdad. Pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Verá —dijo Thooker—, se me ha ocurrido que si usted pudiese hacer despegar mi nave, yo saldría con la duplicaba a su encuentro..., conozco aproximadamente el lugar donde se efectuó el desdoblamiento y... Bien, : imagínese usted que son dos trenes que corren en la r.sma dirección por vías paralelas, que en un determinado punto se unen en una sola, Claro que esos hipotéticos trenes no pueden fundirse en uno solo... pero dos naves, es decir, la que está en el prado desde hace un año y la que me ha traído a mí de vuelta y que nadie sino yo está en condiciones de ver, pueden viajar como los trenes citados, y, al contrario que éstos, fundirse en una sola. Entonces, yo recobraría mis dimensiones normales y volvería a la corporeidad terrenal.

—Estoy dispuesta a ello, Brian —manifestó Sonia.

Lake miró estupefacto a la joven.

—Creo que... empiezo a comprender lo que quieren de mi —dijo.

—Sí —respondió ella, lacónica,

—Brian, yo le enseñaré el manejo de mi nave —intervino Thooker—. Si quiere, esperaré una semana, dos, el tiempo que sea necesario, a fin de que no cometa errores perniciosos. Pero salga al espacio y hágame recobrar la corporeidad, se lo suplico. ¡Vivir como un fantasma es una tortura insoportable!

—De modo que quieren que yo pilote la "Infinito" …

—No voy a hablar de dinero, puesto que fui yo la que financió los trabajos de mi prometido —declaró Sonia—. Pero, a fin de que vea que no deseo embarcarle en una aventura insensata, yo haré el viaje con usted en la "Infinito" de dimensiones normales.

—Usted...

—Sí. Viajaremos los dos, Brian.

—Antes de venir aquí, he estado revisando la instrumentación y la grabadora de operaciones orbitales de la "Infinito" húmero dos —dijo Thooker—. Brian, estoy en condiciones de afirmar que conozco con toda exactitud el punto donde se produjo el desdoblamiento.

—Y usted quiere que nos encontremos allí...

—Las naves se fundirán en una sola y yo regresaré a la Tierra con ustedes dos.

Sobrevino un momento de silencio.

Lake meditaba sobre la fantástica proposición que acababan de hacerle. Era una aventura de enorme atractivo... pero ¿qué pasaría si no se conseguía la reunión en el punto deseado? ¿No se produciría un nuevo desdoblamiento y surgiría la "Infinito" número 3, con dos fantasmas a bordo?

—Brian, ¿cuánto valen seis meses de su trabajo? —preguntó Sonia repentinamente.

— ¿Cómo?

—Posiblemente, no estaremos tanto tiempo en el espacio, ni siquiera entrenándole para el manejo de la astronave. Pero, puesto que otros científicos se han negado siquiera a escucharle, yo estoy resuelta a pagarle el dinero que percibiría en seis meses de su trabajo como psicoinvestigador. Vamos, cite la cifra —pidió ella con gran vehemencia.

—Bien, los ingresos medios suelen ser de unos cuatro mil...

—Treinta mil y no se hable más.

Lake elevó los brazos al cielo.

—Es usted muy persuasiva, Sonia —dijo.

—Es la persona mejor que hay en el mundo —exclamó Thooker apasionadamente.

Lake contempló a la joven durante unos segundos. Aquella hermosa estatua, en la que el pecho se mostraba con acusados relieves al respirar... ¿cómo había podido enamorarse de un tipo tan estrafalario?

"Las mujeres son incomprensibles", se dijo.

—Acepto —declaró.

Sonia sonrió hechiceramente.

—Si consigue que Herb vuelva a su corporeidad, se lo agradeceré eternamente, Brian —dijo.

* * *

Sentado en el asiento posterior de su lujoso aeromóvil, Duff Malloy contemplaba con ojo crítico la bola de brillante metal que relucía en el prado, como una gigantesca perla, a la luz de la luna.

El vehículo estaba tenuemente iluminado en su interior. Junto a Malloy había una atractiva pelirroja, de cuerpo sinuoso y expresión de hastío en aquellos momentos. En la bancada delantera, había tres tipos, duros, rígidos como estatuas, capaces de hacer cualquier disparate que les fuera ordenado por Malloy.

—Duffie, querido, no sé por qué nos has traído hasta aquí... —dijo dengosamente la pelirroja—. Eso es sólo una bola de metal...

Malloy guardó silencio. Los gorilas no despegaban los labios.

Al cabo de un rato, Malloy abrió la boca:

—La cosa se está poniendo fea, en efecto. Pienso que ése sería el mejor sitio para desaparecer una temporada. Los hombres del Yard viven, como nosotros, en el siglo XXII, pero son los mismos que los de hace doscientos años.

Tuck Spalley, el piloto, alzó brevemente una mano.

—Jefe, dígame, ¿qué haríamos dentro de esa bola? —preguntó.

—Antes de dos semanas, tendré que presentarme a declarar ante el juez. Por muchas vueltas que le ha dado el abogado, no hay forma de evitar la condena. Y no tengo ganas de pasarme cinco años a la sombra.

— ¡Cinco años viuda! —suspiró Kathryn Fox, la pelirroja,

—Tú no sabrías pasarte una semana siquiera, sin llevarte a un hombre al dormitorio. Además, no eres mi mujer.

—Bueno, era sólo una "motáfora"...

— ¡Estúpida! Se dice "metífora".

—Metáfora, jefe, metáfora —corrigió el piloto pacientemente.

—Bueno, como sea, ¡diablos! —barbotó Malloy.

Meditó unos segundos. Luego continuó:

—Necesitaré un experto... y creo que ya lo tengo. Ah, muchachos, además, es preciso que dejemos un buen recuerdo antes de esfumarnos.

— ¿A quién, jefe? —preguntó Dave Coolish, otro de los gorilas.

—Se llama Gus Ryler.

CAPÍTULO III

Con las manos a la espalda, Lake contempló críticamente la mole esférica que se alzaba en el prado. Sonia estaba a su lado, vestida con un sencillo *pullover* y pantalones muy cortos. El pelo, recogido por un lazo azul claro en cola de caballo, le confería un aspecto juvenil de singular atractivo.

Thooker estaba a su derecha. En ocasiones, lo mismo que le había sucedido a Sonia, creía ver una especie de silueta humana, como una finísima película transparente, a través de la cual, sin embargo, se divisaban los objetos con absoluta nitidez. Pero Lake ya no tenía la menor duda acerca de la pérdida de dimensión corpórea del científico.

En cuanto al maletín en que Sonia solía transportarlo, tenía en el forro una finísima red metálica, alimentada por una batería de muy bajo voltaje, la cual impedía que Thooker se "derramase" fuera del recipiente. La idea era del propio Thooker quien, sin embargo, no acababa de comprender el fenómeno que había provocado el desdoblamiento de la "Infinito".

—De modo que no se puede entrar en la nave —dijo Lake, después de un largo silencio.

—En realidad, sí se podría, empleando sopletes, pero entonces correríamos el riesgo de dañar algún delicado mecanismo de los que

hay entre el casco exterior y el interior. Usted sabe que la esfera tiene un doble casco...

—Sí, lo sé. Pero también se le habría podido ocurrir la sencillísima idea de colocar una cerradura exterior.

— ¡Si ya la tiene! Lo que sucede es que tiene una combinación... ¡y la he olvidado!

Lake se dio una palmada en la frente. "Científico chiflado", pensó.

—Lo hice porque no quería que ningún extraño se metiese a curiosear en la nave, cuando yo no estaba en ella —agregó Thooker—, Es un poco complicada y a tenia anotada en un papel, pero debí de perderlo el día en que emprendí el viaje...

—Está bien, buscaremos el modo de abrir esa cerradura. Sonia, usted debe volver a la casa con su prometido y realizar una sesión de hipnopedia de dos horas de duración.

—Sí, desde luego —contestó la joven.

—Yo me someteré a esa sesión en otro momento, posiblemente mañana. Ahora bien, el profesor deberá hablar al mismo tiempo ante una grabadora, a fin de que sus instrucciones queden debidamente registradas. .

—Si empleamos la hipnopedia ¿para qué la grabadora? —objetó Sonia.

—Es bien sencillo —explicó Lake—. Cuando yo me someta al procedimiento de enseñanza por hipnosis, el profesor Thooker repetirá lo mismo que le ha dicho a usted, pero sin la grabadora en funcionamiento. De este modo, tendremos un elemento de comparación, por si hay diferencia entre lo que le diga a usted y lo que me diga a mí.

—Encuentro que es una idea acertadísima —aprobó Thooker—. Pero, dígame, ¿cómo piensa abrir la cerradura?

—Es que, además de su prometida y de mí, viajará otra persona con nosotros en la nave. Necesito un buen ayudante y ya lo he elegido.

—El trato era que iríamos los dos solos —exclamó Sonia.

Lake miró de soslayo a la joven.

— ¿Cree que no me gustaría? —respondió, sonriente—. Bien, vayan a la casa y empiecen su sesión hipnopédica. Yo volveré mañana con el ayudante.

Sonia quiso protestar de nuevo, pero el psicoinvestigador se encaminaba ya hacia su aeromóvil. Momentos después, el aparato se remontaba en el aire.

Mientras se encaminaba a su objetivo, Lake, una vez más, se preguntó cómo era posible que una joven tan atractiva como Sonia hubiese podido enamorarse del chiflado y nada atractivo profesor Thooker.

—Quizá le encontró algo que sólo ella ha sabido ver —murmuró.

* * *

Cuando llegó ante la puerta, creyó oír voces destempladas. Una mujer se quejó de pronto.

Lake abrió. Desde el umbral pudo ver a dos sujetos de gran corpulencia, que parecían maltratar a una joven de notable atractivo físico.

—Les digo que se equivocan, yo no vivo aquí —gritó ella, apenas un segundo antes de que una tremenda bofetada la derribase al suelo.

—Esa dama tiene razón, no vive aquí —dijo Lake.

Spalley y Coolish se volvieron en el acto.

— ¿Quién es usted? —preguntó el primero con hosco acento.

—Brian Lake, amigo personal del señor Ryler. Y enemigo de los cerdos con dos patas como ustedes.

Los dos hampones cambiaron una mirada.

—Tendremos que darle una buena lección —dijo el primero.

—Sí —convino Coolish.

La joven se puso en pie. Era morena, de cuerpo exuberante y vestimenta más bien escasa.

—He perdido la llave de la puerta de mi departamento, que es el contiguo —explicó—. Pensé que el señor Ryler podría ayudarme...

—Ya hablará luego —sonrió Lake—. Deje que me ocupe de estos imbéciles.

—Vamos, tú —rezongó Coolish.

Los sujetos echaron a andar hacia el recién llegado. De pronto Lake sacó lo que parecía un lápiz. Coolish y Spalley se pusieron rígidos.

La morena se sentía estupefacta. Sin dejar de sonreír, Lake se acercó a uno de los rufianes y apoyó el lápiz en la frente. Estuvo así unos cinco segundos y luego repitió la operación con el otro.

—Ya pueden largarse —ordenó al terminar.

—Sí, señor —contestaron los sujetos a dúo.

Sin atreverse a respirar, la joven vio que aquellos dos hombres salían del departamento, caminando como autómatas. Lake cerró la puerta y la miró, sonriente.

—Soy Brian Lake —dijo.

—Gea Houghram —se presentó ella—. Oiga, ¿cómo...?

Lake encorvó el índice.

—Venga aquí, a la ventana —dijo.

Gea obedeció maquinalmente. Situada tras los cristales, a tres pisos de distancia de la calle, contempló con asombro lo que sucedió instantes después.

—En el Londres del siglo XXII hay cosas que todavía no se pueden hacer en la vía pública —dijo Lake.

Atónita, Gea vio que Coolish y Spalley, completamente desnudos, salían a la calle, caminando con toda naturalidad. Lógicamente, un guardia los vio a los pocos momentos e hizo sonar su

silbato.

Tan asombrada estaba Gea, que ni siquiera se dio cuenta de que había un brazo masculino rodeando su cintura, hasta pasado un buen rato. Entonces, se volvió hacia Lake.

— ¿Se siente fatigado? —preguntó, maliciosa.

—Más que fatigado, deprimido. Necesito reclinar la cabeza sobre un pecho acogedor y contarle a ella mis cuitas... y desahogar así las aflicciones que me retuercen el espíritu...

Gea rió suavemente.

—Estoy dispuesta a escuchar sus confidencias y a aliviarle de las penas que le afligen, con una condición. —¿Sí?

— ¿Qué les ha dado a esos dos mulos bípedos?

—Simplemente, dos ligeras descargas telepáticas, ayudado, claro está, por un aparato especial que me permite transmitir órdenes mentales. Les dije que salieran desnudos a la calle... Los efectos se les pasarán pronto, antes de una hora, mucho más pronto que la sentencia que el juez les impondrá por inmoralidad en la vía pública.

Ahora eran ya dos los brazos que se ceñían en torno a la esbelta cintura de la joven.

—Brian, ¿vas a usar la pistola telepática conmigo? —preguntó maliciosamente.

—No me gustaría una rendición forzada —dijo él.

Gea suspiró largamente. Luego elevó sus brazos y rodeó el cuello de Lake.

—Mi rendición es absolutamente voluntaria —susurró.

* * *

De pronto, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

Lake se sentó de golpe y lo mismo hizo Gea, aunque ella se tapó

el pecho con la sábana.

—Oye, ¿te das cuenta de que estamos en una casa que no es la tuya?

—Sí, ya lo sé, pero no importa...

Los golpes se repitieron. Gea echó las ropas a un lado y corrió al baño, del que regresó, envuelta en una toalla.

—No te muevas —dijo—. Este no es Gus o ya habría abierto.

Corrió hacia la puerta y la abrió. Una voz de hombre llegó hasta los oídos de Lake.

—Hola, señorita Gea. He llamado a la puerta de su departamento, pero como no contestaba, supuse que estaría en el del señor Ryler...

—Sí, Matt —contestó la joven—. ¿Pasa algo?

—Una mala noticia, señorita. Acaban de comunicármela de la comisaría del distrito. El señor Ryler ha fallecido hace apenas una hora, de un ataque cardíaco. Lo siento tantísimo: sé que usted era muy amiga suya...

Instantes después, Gea volvía y se sentaba en ti borde de la cama, completamente trastornada.

—Pobre Gus —dijo—. No acabo de creérmelo.

Lake frunció el ceño. El contratiempo era muy serio, se dijo inmediatamente.

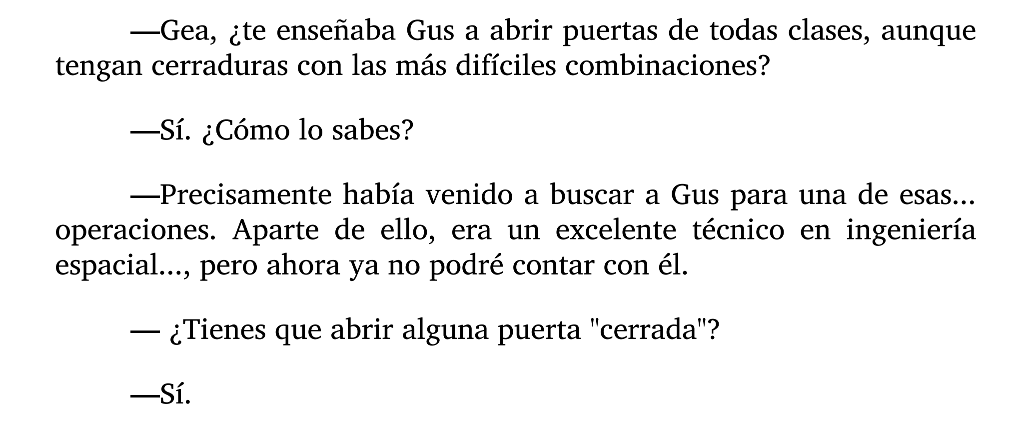
—Empiezo a sospechar que tu estancia aquí no se debía a haberte olvidado la llave de tu casa —exclamó.

Gea asintió.

—Es cierto. Yo... bueno, era discípula de Ryler. El... era un técnico excelente... y me enseñaba algunas cosas que no saben muchos...

De pronto, se volvió hacia Lake.

—Estoy harta de cierta clase de vida —añadió con vehemencia.



—Gea, ¿te enseñaba Gus a abrir puertas de todas clases, aunque tengan cerraduras con las más difíciles combinaciones?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Precisamente había venido a buscar a Gus para una de esas... operaciones. Aparte de ello, era un excelente técnico en ingeniería espacial..., pero ahora ya no podré contar con él.

— ¿Tienes que abrir alguna puerta "cerrada"?

—Sí.

Gea hizo un esfuerzo y sonrió.

—Bueno, me has caído simpático y será mi primer trabajo, pero lo haré gratis en tu honor.

—Gea, lo que has dicho, ¿significa que ibas a convertirte en una ladrona?

—Ahora ya no hay motivo para ocultar la verdad. Pero tú no me delatarás, supongo.

—Con esa cara, con ese tipo... y dedicarte a robar.

—La verdad es que he tenido mala suerte. No pude encontrar un empleo adecuado, como el que me hubiera gustado y... mira, la vida es así, Brian, no le des más vueltas.

Lake volvió a contemplar críticamente a la hermosa joven que estaba sentada a su lado, cubierta con la toalla de baño.

—No le vamos a dar más vueltas —sonrió al cabo, mientras tiraba de uno de los mórbidos brazos femeninos—. Pero yo voy a procurar que no seas una ladrona.

— ¿Cómo, Brian?

—Las explicaciones, más tarde.

* * *

Furioso, congestionado por la cólera, Duff Malloy contempló a los dos abatidos individuos que tenía frente a sí.

—He tenido que pagar mil libras por cada uno de vosotros —bramó—. ¿A quién se le ocurre salir desnudo a la calle, en pleno centro de Londres?

—Es que… no sabíamos lo que hacíamos…

—Ese individuo nos hipnotizó…

—Hizo así, con la pluma que tenía en la mano y nos quedamos como estatuas…

Malloy se quedó estupefacto al oír aquellas palabras.

—Os aturdió con una pluma… Pero ¿quién diablos puede creer en semejante imbecilidad?

—Seguramente, se trataba de una pistola telepática.

Malloy se volvió hacia la pelirroja. Kathryn, tumbada en un diván, con las piernas sobre el brazo del mueble, se pulía las uñas con aire negligente.

—Una pistola telepática —repitió.

—Querido, eres un poco ingenuo. Todavía te aferras a métodos antiguos y así te luce el pelo.

—No digas tonterías, tú.

—Es la verdad. Además, ya no puedes hacer nada; Ryler ha muerto. Te hizo una faena en cierta ocasión, lo admito; pero ya no puedes contar con él.

—Es lo mismo. Abriré esa maldita compuerta, aunque tenga que volarla con un cartucho de neo-dinamita-10. Pero, dime, ¿cómo sabes tú eso de la pistola telepática?

—Me lo enseñó un amigo en cierta ocasión —Kathryn contuvo un suspiro para evitar un incidente—. Desde luego, no son muchos los que tienen esa clase de artefactos… pero existen y se utilizan.

—Está bien —dijo Malloy de mal talante—. Mañana mismo volveremos al prado. Primero, intentaremos abrir la escotilla por métodos normales. Si no podemos, le meteremos una carga de

explosivo.

—Harás mucho ruido, Duffie.

—Usaremos envolvente anecoico. —Malloy agitó el pulgar—. Tú, Mike, empieza a prepararlo todo. Antes de cuarenta y ocho horas quiero haber desaparecido de este mundo, ¿entendido?

—Buen viaje, Duffie —dijo Kathryn sarcástica.

Malloy se volvió y la miró de hito en hito.

—No te las prometas tan felices. Tú vendrás conmigo —decidió.

—Puedo negarme...

—Inténtalo y te dejaré la cara como un campo recién labrado y el pecho como la acera de la calle —dijo Malloy brutalmente.

Kathryn apretó los labios. Malloy le daba muchos lujos: joyas, vestidos, pieles... pero, a veces, era realmente insoportable.

Estaba ya más que harta de un sujeto que no sabía tener la menor delicadeza con ella. "En cuanto me sea posible, no te vas a ir fuera de este mundo: te vas a ir al infierno", pensó rencorosamente.

CAPÍTULO IV

Con la mano en el brazo de Gea, Lake entró en la casa.

Inmediatamente, se oyó un penetrante silbido.

Gea respingó.

— ¡Eh! ¿Quién silba?

—Profesor —gruñó Lake.

— ¡Vaya hembra! —exclamó Thooker.

— ¡Brian! ¡En esta casa hay fantasmas! —chilló Gea.

Sonia hizo acto de presencia inmediatamente.

—Lástima que no pueda darte un pellizco —decía Thooker en aquellos momentos.

— ¡Herb! ¿Qué comportamiento es ése? —exclamó Sonia, indignada.

Gea se sentía espantada.

—Pero ¿con quién están hablando? ¿Acaso pueden ver a los fantasmas?

—Nena, no hay fantasmas, sólo un hombre invisible —sonrió Lake—. Hola, Sonia, le presentó a Gea Houghram. Gea, ella es Sonia Still. El tipo que te ha silbado y a quien nadie podemos ver, pero que está aquí, es el profesor Thooker, prometido de la señorita Still.

— ¿Ella... va a casarse con un hombre invisible? —dijo Gea, sin salir de su asombro.

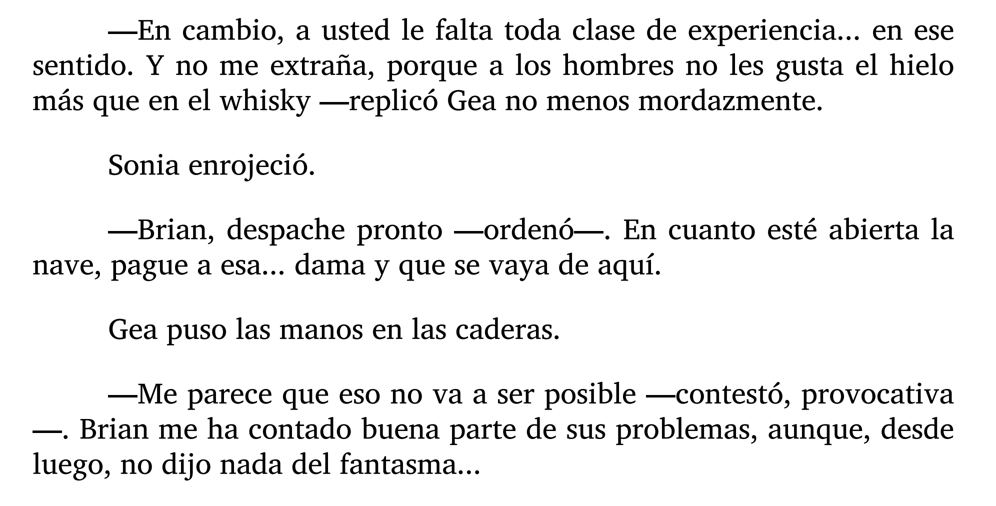
—Esa invisibilidad es sólo momentánea —declaró Sonia, muy tiesa.

—Pues chica, hay gustos que merecen palos —contestó la morena sarcásticamente—. Brian, ¿dónde está la cerradura?

—Aún no nos ha dicho por qué ha traído a esa mujer aquí —intervino el invisible Thooker. —Es el experto en cerraduras —dijo Lake.

Sonia miró fríamente a la recién llegada.

—Yo diría que es más bien experta en otras cosas —manifestó insultantemente.



—En cambio, a usted le falta toda clase de experiencia... en ese sentido. Y no me extraña, porque a los hombres no les gusta el hielo más que en el whisky —replicó Gea no menos mordazmente.

Sonia enrojeció.

—Brian, despache pronto —ordenó—. En cuanto esté abierta la nave, pague a esa... dama y que se vaya de aquí.

Gea puso las manos en las caderas.

—Me parece que eso no va a ser posible —contestó, provocativa —. Brian me ha contado buena parte de sus problemas, aunque, desde luego, no dijo nada del fantasma...

— ¡No soy un fantasma! —protestó Thooker a voz en cuello.

—Bueno, dejemos eso. Lo que Brian no sabe es que soy titulada en microelectrónica, aunque, por azares de la vida, tuve que diplomarme en otra profesión que no es preciso mencionar ahora.

—No, no lo mencione, salta a la vista —sonrió Sonia despectivamente.

—Pero no podrán echarme. Me necesitan. Y la aventura me atrae.

Lake se sentía pasmado.

—Título de experto en microelectrónica...

—Algún día te contaré por qué no llegué al doctorado, aunque eso no importa mucho ahora. Bueno, ¿dónde está la cerradura?

Lake empezó a reaccionar.

—Ven, vamos —dijo—. Ustedes también —se dirigió a Sonia y a Thooker.

Thooker se las arregló para situarse al lado del psicoinvestigador.

—Oiga, esa morena es un monumento —susurró.

Lake respingó.

—Como le oiga Sonia...

—Gea tiene razón: es un témpano.

El joven contuvo una sonrisa. Al salir de la casa, fue al cobertizo de las herramientas y sacó la escalera plegable que había en su interior. Luego se reunió con los otros.

Momentos después, se hallaban al pie de la enorme bola de metal. Lake desplegó la escalera, por la que Gea trepó en el acto, sin vacilar. Entonces, Sonia observó que la joven llevaba una falda cortísima.

—¡Herb! ¿Dónde estás? ¡Sepárate de la escalera inmediatamente y no mires hacia arriba!

Gea se volvió.

— ¿Le gusta el espectáculo, profesor?

—Gea, por favor —dijo Lake, conteniendo las ganas de reír. Si se prolongaba aquella situación, a Sonia le iba a dar un ataque y no de risa precisamente.

—Sí, Brian —dijo Gea—. Aunque la verdad, como no le veo, parece que no esté mirándome... los encajes.

Sonia se lanzó hacia la escalera, pero Lake consiguió detenerla a tiempo.

—Quédese quieta —exclamó, de mal talante—. Carece usted de sentido del humor y eso no es bueno.

Ella le dirigió una mirada llameante. Luego cruzó los brazos bajo el seno y se quedó inmóvil.

—Herb, cuando recobres tu corporeidad, me vas a oír —dijo.

—Silencio —ordenó Gea—. Estoy justo bajo la cerradura y necesito oír el ruido de los engranajes.

Lake elevó la vista. En lo que era polo inferior de la nave, se divisaba un disco numerado, justo al que, en difícil postura, Gea había aplicado el oído. Lentamente, movió el disco en un sentido y otro, hasta que, después de un buen rato, se oyó un leve chasquido.

— ¡Se abre! —chilló Thooker, exultante de alegría—. La escotilla se abre.

A diez pasos de distancia, la escalera automática se desplegaba por sí misma. Lake alargó la mano y ayudó a Gea a volver al suelo.

—Bueno, ha llegado el momento —dijo.

De pronto, presintió algo y lanzó un grito:

— ¡Herb, usted no! ¡Usted debe quedarse fuera, para volver a la nave duplicada cuando llegue el momento!

—Pero, es que me gustaría ver…

—No ínsita, se lo ruego.

—Está bien —se resignó el invisible científico.

—He grabado la combinación en mi mente —declaró Gea—. De este modo, podremos abrir fácilmente en cualquier momento.

—Has tenido una excelente idea —sonrió Lake— Bien, Sonia, usted primero.

—Gracias —contestó la joven secamente.

Entraron en la nave. Silenciosamente, Lake admiró el interior de aquel maravilloso artefacto que era capaz de desplazarse por el espacio a velocidades cientos de veces superiores a la de la luz. ¿Cómo había llegado a concebir semejante ingenio un hombre tan absurdo como Thooker?

Había una escalera en caracol que conducía a las plantas superiores. Peldaño a peldaño, subieron hasta alcanzar la cámara de mando, lugar que tanto Sonia como Lake conocían teóricamente, merced a las descripciones que Thooker les había hecho mediante la enseñanza bajo hipnosis.

La puerta estaba cerrada. Sonia abrió y la hizo girar. Entonces, un agudo chillido brotó de sus labios.

Gea también gritó. Lake, por el contrario, permaneció silencioso, aunque creyó que perdía la respiración,

Porque allí, en aquella cámara, sentado ante la consola de mandos estaba el cuerpo del profesor Thooker.

* * *

Durante unos momentos, los tres permanecieron inmóviles, sin acertar a reaccionar. Lake, no obstante, pensó que no podían seguir eternamente convertidos en estatuas y avanzó hacia el sillón ocupado por Thooker.

Gea se rehízo también y corrió a situarse al otro lado. Sonia, por su parte, continuó en el mismo sitio.

—Brian, está muerto —dijo Gea.

Era fácil advertir la absoluta quietud de aquel cuerpo, en donde la epidermis de la cara y de las manos parecía pergamino reseco. Los ojos, abiertos, habían perdido su brillo y el pelo parecía ir a desprenderse de la cabeza de un momento a otro.

—Esto es algo que no comprendo en absoluto —dijo Lake, pasado un buen rato. Estamos delante del cadáver de Thooker, pero hay un ser invisible que habla con nosotros y nos ha contado infinidad de aventuras corridas en planetas enormemente alejados del nuestro. ¿Cómo puede suceder tal cosa?

—Si la nave se duplicó, ¿por qué no se iban a duplicar también los cuerpos humanos? —contestó Gea con toda lógica.

—Sí, parece cierto, pero ¿cuándo sucedió? ¿Qué causó la muerte de Thooker?

Lake se volvió hacia la otra joven.

—Sonia, ¿está absolutamente segura de que ese ser invisible que habla con nosotros es su prometido?

—No puedo equivocarme: la voz es auténticamente suya. Y esa señorita tiene razón: si la "Infinito" se duplicó, Herb se duplicó también. Pero el doble que está vivo, se encuentra ahora en otra dimensión, mientras que el que continuó corporeizado ha muerto.

—Muerto... y conservado tan bien como una momia, después de un año —murmuró Lake.

—Tal vez no pudo resistir el proceso de duplicación —apuntó Gea—. Es decir, uno de los dobles no tenía la suficiente energía física

para resistir el esfuerzo tan extraordinario que debía representar una aceleración tan enorme.

Lake meneó la cabeza. Muchas de las preguntas planteadas no tenían la respuesta adecuada. Y lo más probable era, pensó, que ni el propio Thooker estuviera en condiciones de aclarar aquellos enigmas.

—Sonia, después de lo que he visto, voy a darle una mala noticia —dijo.

—Creo que adivino su pensamiento —contestó aludida.

—Lo celebro infinito. Como comprenderá, me gustaría ayudarla, pero no a este precio. No me importa pelear con seres de carne y hueso, incluso en desventaja... pero hay fuerzas que nos son todavía desconocidas y que, sinceramente, me dan mucho miedo.

—Estoy de acuerdo contigo. Brian —dijo Gea.

—Muy bien. Será cosa de darle la noticia a Herb —manifestó Sonia—. Sé que le va a doler, pero en estos momentos, yo estoy de completo acuerdo con ustedes dos. Quizá, más adelante, encuentre una solución para el problema.

—Es posible, en efecto —convino Lake.

—De todos modos, Brian, usted ha hecho todo lo posible. No se preocupe, cobrará íntegros sus honorarios.

Sonia se dirigió hacia la escalera que conducía a las plantas inferiores de la astronave. Lake contempló nuevamente el cadáver.

—Será cosa de aguardar a la autopsia —dijo—. El forense podrá explicar las causas de su muerte... aunque dudo mucho de que logre explicar porque Thooker se duplicó y vive en otra dimensión.

—Siento escalofríos —murmuró Gea—. Me parece estar viviendo una novela de terror.

—No tanto, aunque, por supuesto, no es agradable lo que está sucediendo. Bien, preciosa, lo mejor será que dejemos este asunto. A propósito, has dicho que estás titulada en microelectrónica...

—Eso es, Brian.

—Conozco al gerente de una importante empresa. Te lo presentaré y, seguramente, te dará un empleo... ¡Caramba, Sonia, si

que vuelve usted pronto! —exclamó, al ver que la joven asomaba de nuevo por la puerta de la cámara de gobierno.

Pero Sonia no volvía sola. Detrás de ella, apareció un sujeto que empuñaba una pistola.

* * *

Lake respingó al reconocer al sujeto. Casi inmediatamente, apareció otro de mediana estatura, fornido, con grandes entradas en la frente y rostro rubicundo.

—Sigue apuntándola, Tuck —ordenó Malloy.

—Oiga, ¿qué significa esto? —preguntó Lake.

—Permítame que me presente, amigo. Soy Duff Malloy y este chico de la pistola se llama Tuck Spalley.

Todavía hay dos más, Dave Coolish y Mike Dawson aparte de la señorita Fox. Por favor…

Una pelirroja de cuerpo opulento se hizo visible. De tras de ella entraron dos hombres más.

—Caramba, si está aquí la amiga de Gus —dije Coolish.

—Y éste es el tipo que nos hizo desnudar —añadió Spalley rencorosamente,

—Será mejor que guarde su pistola telepática o convertiré a la chica en humo —rezongó Malloy—. Por supuesto, yo no, de una manera directa, sino mis “empleados". ¿Ha comprendido, señor Lake?

—Lo que no he comprendido es por qué están aquí —respondió el mencionado—. ¿Qué pretenden de nosotros?

—Es bien sencillo. Dentro de cuarenta y ocho horas, un juez me dirigirá una filípica y me enviará a descansar cinco años a la sombra.

Como pueden comprender, no tengo ganas de que me enjaulen.

—Pero nosotros no tenemos la culpa…

—Tienen una magnífica astronave de la que he oído hablar mucho y muy bien —rió Malloy—. Ustedes la harán despegar y permaneceremos una temporadita en el espacio. Cuando volvamos, ya se habrá enfriado la cosa y mis abogados habrán conseguido que el juez recapacite y piense de otro modo. Oiga, ¿qué hace ese tipo ahí sentado?

—Es el constructor de la nave y está muerto.

Malloy movió el pulgar izquierdo.

—Mike, Dave, echad fuera esa carroña. Y usted, Lake, prepárese a despegar en cuanto mis chicos hayan terminado.

Dawson y Coolish se acercaron al sillón y trataron de levantar el inerte cuerpo de Thooker. Pero casi al mismo instante, el cuerpo se convirtió en humo gris.

El mono plateado se deshinchó, repentinamente vacío de su contenido. Kathryn chilló, aterrada. Los hampones dieron un salto hacia atrás, a la vez que juraban como poseídos.

El mismo Lake se sentía aturdido. Un segundo antes, tenía ante sí el cadáver de Thooker. Ahora no quedaba más que el mono, completamente vacío, como si lo hubieran traído al sillón desde el vestuario.

—A mí… me va a dar algo… —se lamentó Gea.

Malloy reaccionó en seguida.

— ¡Mike, quita ese apestoso mono del sillón! ¡Usted, Lake, haga despegar la nave en el acto!

El joven se cruzó de brazos.

— ¿Qué pasará si no obedezco? —preguntó.

Malloy alzó su mano derecha.

—Dentro de tres segundos, bajaré la mano. Esta preciosa rubia dejará de existir —contestó brutalmente.

CAPÍTULO V

Era una locura. Viajar al espacio, nada menos que con ocho personas a bordo... Sí, había cámaras en la astronave. Thooker las había hecho construir para sucesivos viajes, una vez realizada su demostración y comprobada la viabilidad de sus teorías. Pero aquellos cuatro hampones podían convertir la nave en un infierno, si se pensaba que había tres mujeres, a cuál más atractiva... y todo ello sin fijarse siquiera en lo que le había sucedido a Thooker.

De repente, Sonia lanzó un agudo grito y saltó a un lado. Spalley, desconcertado, vaciló.

Lake se arrojó sobre el sujeto, pero Dawson se interpuso y le golpeó con fuerza. Pillado de sorpresa, el joven cayó de espaldas hacia atrás. Su codo izquierdo chocó con algo.

— ¡Basta! —gritó Malloy—. Lake, haga el favor de tomar los mandos de este chisme o haré que le arranquen la piel a tiras.

Lake se incorporó, frotándose el codo dolorido por el golpe. Los esbirros de Malloy habían sacado sus pistolas. El joven sabía que no eran armas corrientes. La descarga provocaba en el cuerpo humano una serie de vibraciones, que deshacía literalmente todos los tejidos, incluso el óseo, en cuestión de segundos. Contra aquella clase de proyectiles, no había defensa posible.

—Está bien, haré lo que dice...

Bruscamente, Gea exhaló un agudo grito:

— ¡Se ha hecho de noche!

Lake giró en redondo. La cámara estaba provista de tres amplias lucernas circulares, a través de la cual se veían las estrellas.

Pero, de repente, observó algo que le hizo sentir un escalofrío.

Aquella bola plateada que disminuía rápidamente de

tamaño...

Sonia lo advirtió también y se llevó las manos a la cara.

— ¡Ya hemos rebasado la Luna! —exclamó.

— ¿Qué? —gritó Malloy—. ¿Están locos?

—Mire —dijo Lake—. Acérquese a esa lucerna y verá... No, ya no se ve la Luna.

—Pero ¿qué diablos ha pasado aquí?

—Es bien sencillo, amigo. El golpe que me sacudió su gorila, me arrojó contra la consola de mandos. Toqué alguna cosa y ¡zas!, la nave despegó.

— ¡Fantástico! —rió Malloy—. A fin de cuentas, eso es lo que queríamos, ¿no es verdad, chicos?

Los matones se sentían bastante nerviosos. Kathryn se encogió de hombros.

—Tengo la impresión de que has cometido una locura, Duffie —manifestó fríamente—. Señor Lake, ¿puedo saber si hay un cuarto de baño en alguna parte?

—En la planta superior, hay una docena de camarotes y un salón de recreo, además de la cocina y despensa —contestó el joven, que había tenido ocasión de examinar detalladamente los planos de la "Infinito".

—Está bien, vamos arriba —decidió Malloy—. Mike, tú quédate aquí, vigilando, por si a alguno de estos idiotas se le ocurre hacernos

volver a la Tierra.

—Dudo mucho de que ninguno de los presentes pueda volver jamás al planeta —declaró Lake sombríamente.

Malloy le miró un instante y luego lanzó una atronadora carcajada.

—Tiene usted un humor magnífico, amiguito —dijo—. Anda, Kathryn, preciosa, camina.

Dawson quedó en la puerta, con la pistola apoyada en el brazo izquierdo. Lake tenía en su equipaje la pistola telepática, pero ¿de qué le iba a servir, si ya estaban en el espacio?

—Brian, ¿cómo no hemos sentido los efectos del despegue? —exclamó Gea de pronto—. Porque yo diría que no hemos tardado ni veinte segundos en rebasar la órbita de la Luna...

—Esta nave se mueve por antigravedad. Naturalmente, los efectos de la aceleración quedan más que compensados. De lo contrario, ahora no seríamos más que un poco de pasta roja esparcida por las paredes.

—No digas esas cosas —se lamentó Sonia—. Hemos salido disparados al espacio, no sabemos adonde vamos., y lo más probable es que nos suceda lo mismo que al pobre Herb.

—En todo caso, la culpa es suya —rezongó Lake.

— ¿Mía? —respingó Sonia.

—Claro. ¿A quién se le ocurre subvencionar semejante disparate? Ha gastado usted ingentes cantidades de dinero... y lo único que ha conseguido es un mono vacío. —Agarró la prenda y la tiró a lo lejos, disgustado.

—Y un fantasma —añadió Gea críticamente.

—Yo creía en él. Le amaba... —protestó la joven.

—Verdaderamente, Thooker es un chiflado, pero usted no le anda a la zaga —dijo Lake de mal talante—. Gea, vamos, siéntate a mi lado; veamos qué se puede hacer para gobernar este cacharro.

Furiosa por los reproches, Sonia se dirigió hacia la salida, pero Dawson le cortó el paso.

—Quieta ahí, guapa —dijo—. Por el momento y hasta nueva orden, nadie puede salir de aquí.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Lake observó que habían desaparecido las estrellas.

— ¿Cómo es que no podemos verlas? —preguntó Sonia.

—Muy sencillo, viajamos a una velocidad superior a la de la luz.

— ¿Es… una cifra muy alta…? Lake consultó los indicadores.

—Por el momento, sólo diez —contestó—. Es decir, tres millones de kilómetros al segundo.

—Voy a desmayarme —anunció la joven.

—La velocidad sigue aumentando —anunció él.

—Pero habrá que parar en algún momento, ¿no?

—Según las infracciones que recibimos por separado y que, afortunadamente, coinciden, hemos de aguardar todavía a la cifra cien. Pero me parece que estabilizaré los generadores cuando lleguemos a la cifra noventa y ocho.

— ¿Por qué?

—El desdoblamiento se produjo cuando Thooker había rebasado la cifra cien. Si estabilizamos la velocidad a noventa y ocho, calculo que podremos evitar ese desdoblamiento.

Sonia puso el codo en el brazo del sillón y apoyó el mentón en la mano.

—El pobre Herb se habrá sorprendido muchísimo al ver que nos elevábamos antes de tiempo —dijo.

—A mí me parece que ese hombre ya no se sorprende de nada —masculló Lake cáusticamente.

—No sea cruel con mi prometido. El es el primero en lamentar todo lo que sucede.

—Sí, pero nosotros pagamos las consecuencias.

—Eso es muy cierto —susupiró la joven—. Brian, ¿cómo se comprende que la nave volviese a la Tierra apenas un cuarto de hora más tarde del despegue, mientras Que la duplicada tardó en regresar un año?

—No puedo asegurar nada, Sonia, pero apostaría que en la Tierra no ha transcurrido ni siquiera un minuto de nuestra partida. La dimensión temporal es aquí muy distinta de la terrestre. Nosotros nos desplazamos ahora, más que en el espacio, en el tiempo. Estamos en un ámbito espaciotemporal en donde las horas y los minutos transcurren normalmente, pero sólo para nosotros. Vistos desde la Tierra, es decir, si ello fuera posible, habrían pasado solamente treinta o cuarenta segundos.

—Usted quiere decir que salimos de la dimensión terrestre a poco del despegue —dijo ella.

—Sí. ¿Ya no recuerda la velocidad que llevábamos al cruzar la órbita de la Luna? En cuanto a los demás planetas del sistema solar, ni los vimos siquiera. Ciertamente, hay que alabar a su prometido por el maravilloso ingenio que ha construido, pero creo que debiera haber hecho más comprobaciones, antes de iniciar el primer viaje.

—Podemos volver atrás —sugirió ella.

— ¿Con esos tipos? ¿Se imagina lo que serían capaces de hacer si nos viesen aterrizar de nuevo?

— ¿Sería peor que lo que puede pasarnos si seguimos?

—Malloy está acosado por la justicia y es como un perro rabioso. Prefiero seguir aquí, por el momento… aparte de que no deja de ser una experiencia interesante.

—Vamos, ahora se siente usted como el que no quería meterse en la piscina y después de que le han dado el empujón, se encuentra en el agua como un pez.

—Pues sí —reconoció él—. Algo por el estilo…

De súbito se oyó un chillido. Casi en el acto, una bofetada, luego

una imprecación y, finalmente, el estrépito de un cuerpo que rodaba por una escalera.

* * *

Gea salió de su cámara para dirigirse al cuarto de control, sin prestar demasiada atención al tipo que se hallaba junto al arranque de la escalera que conducía a la planta inferior. La joven vestía una blusa y pantalones cortos muy ceñidos. De pronto, sintió un vivísimo dolor en un punto especialmente sensible de su anatomía, más abajo de la cintura.

—De piedra —dijo Spalley, arrobado—. De piedra...

Furiosa, Gea se volvió y atizó al sujeto un tremendo bofetón. Spalley emitió un atroz juramento, pero el golpe había sido demasiado fuerte y rodó por la escalera, hasta llegar a la plataforma inferior, donde quedó aturdido y casi inconsciente.

Malloy abrió la puerta de su cámara.

— ¿Qué diablos pasa aquí? —gritó. Gea le miraba irritada.

—Oiga usted, tío gordo —dijo, mientras se frotaba enérgicamente la región dolorida por el fenomenal pellizco que le habían atizado—. Si sus gorilas están hambrientos, reparta a su fulana con ellos, pero dígales que me dejen en paz. ¿Está claro?

Lake salió en aquel momento y se hizo cargo de la situación. Rápidamente, antes de que nadie pudiera reaccionar, saltó sobre Spalley y le quitó la pistola.

— ¡Eh, usted, deje eso! —gritó Malloy.

Lake alzó el arma.

—Tío gordo, diga a sus gorilas que entreguen las armas a la señorita Houghram. De lo contrario, le convertiré en pasta,

Malloy palideció.

—Oiga, no se atreverá...

—Vamos, dé la orden. No se lo repetiré más.

—Hala, chicos —rió Gea—. Vengan las pistolas.

Instantes después, la morena tenía dos pistolas en sus manos. Malloy mascullaba entre dientes, furioso por el contratiempo que se había producido de manera tan inesperada.

Lake dio un puntapié a Spalley.

—Arriba, tú —dijo.

El gorila se levantó, maldiciendo entre dientes. Lake subió tras él.

—Ahora, Malloy —dijo—, usted y sus chicos van a quedar encerrados en una cámara, hasta que yo lo disponga. No puedo evitar su presencia a bordo, pero sí procuraré que no me estorben mientras manejo los controles, ¿está claro?

Los ojillos de Malloy despidieron chispas de ira, pero logró contenerse.

—Está bien —dijo—. Kathryn, ven conmigo...

La barbilla de la pelirroja se alzó orgullosamente.

— ¡Vete al infierno! —exclamó—. Estoy más que harta de ti, ¿te enteras?

Malloy se quedó boquiabierto. Usando su pistola como elemento persuasivo, Lake empujó a los hampones hacia la cámara de Malloy, como si se tratase de un pequeño rebaño.

Cuando se disponía a cerrar la puerta, Kathryn gritó:

— ¡Duffie! Tú no has sido el único. Cada vez que volvías la espalda, yo me divertía con uno de esos. . Adivina cuál.

Lake cerró la puerta.

— ¿Por qué dice eso? —preguntó.

Kathryn se echó a reír.

—Ahora, Malloy se pondrá furioso. Seguramente sacudirá a alguno de esos rufianes. El atacado contestará y...

Se oyeron gritos y golpes. Malloy chillaba como un poseído. De repente, calló.

—Espero que le hayan dado su merecido —dijo la pelirroja.

—Vaya, parece que no le tenía mucha simpatía, ¿eh?

—Ninguna. Ya estaba más que harta de él.

Lake volvió a abrir. Spalley se tapaba el ojo izquierdo con un pañuelo. Malloy estaba tendido boca arriba sobre el suelo.

—No le ha pasado nada —dijo Spalley de mal talante—. Sólo... se ha desmayado.

—Lo siento, no tenemos médico —se burló Lake, a la vez que volvía a cerrar la puerta.

Luego se volvió hacia la pelirroja.

—Vaya, parece que ha cambiado de bando —dijo.

—Si no les importa aceptarme en el suyo...

—Verá, Kathryn, yo soy aquí una especie de capitán, pero la dueña es ella. —Lake señaló a Sonia—. Por tanto, no puedo decidir.

—Espero que sus intenciones sean honestas —dijo Sonia.

—Cuenten conmigo para todo.

—Está bien. Por fortuna, alguien ha recibido un pellizco muy oportuno, lo cual nos ha permitido adueñarnos de nuevo de la astronave. Pero, a pesar de todo, el futuro se presenta más bien sombrío. A menos que emprendamos el regreso a la Tierra inmediatamente.

— ¿Tan pesimista te sientes? —preguntó Gea.

Lake fijó la vista en Sonia.

—Usted tiene la palabra —dijo.

El pecho de la joven palpitó con fuerza.

—No puedo obligarles… pero quisiera hacer todo lo posible para que Herb recobre de nuevo su dimensión normal—contesto.

—Si, pero tenga en cuenta que no pienso rebasar la cifra de noventa y ocho – dijo Lake firmemente.

Llegaremos hasta ahí y orbitaremos algún tiempo, con la velocidad estabilizada. Pasado un plazo prudente, si Herb no ha vuelto a corporeizarse, regresaremos a la tierra. ¿Le parece bien, Brian?

—Estoy completamente de acuerdo, Sonia.

CAPÍTULO VI

Los ojos de Lake estaban fijos en la esfera indicadora que se movía con singular lentitud. Hacía ya mucho rato que había rebasado la cifra noventa y siete. Ahora sólo aparecían las milésimas.

Gea entró con una bandeja en las manos.

—Un poco de café no les vendrá mal —dijo.

—Gracias, Gea —sonrió Sonia—. ¿Qué hace Kathryn?

—Arriba, en la cocina. Le ha dado por guisar y creo que está preparando una cena opípara.

Lake tomó uno de los pocillos y sorbió el café lentamente. En la pantalla de las milésimas se veía ya la cifra 996.

—Falta ya muy poco —anunció.

Su mano izquierda estaba apoyada en una tecla. De repente, cuando vio la cifra 98, movió la tecla.

La esfera se inmovilizó. Lake emitió un hondo suspiro.

—Bien, no ha pasado nada —dijo—. Ahora volamos a noventa y

ocho veces la velocidad de la luz.

— ¿Cuánto significa eso? —preguntó Sonia.

—Veintinueve millones cuatrocientos mil kilómetros por segundos.

— ¡Cielos! —se pasmó Gea.

—En un minuto, son ciento setenta y seis millones, cuatrocientos mil kilómetros, lo que da mil cincuenta y ocho millones, cuatrocientos mil kilómetros a la hora o veinticinco mil cuatrocientos y pico de millones por día.

— ¡Uf! —Gea se sentó de golpe en un sillón—. Estas cifras dan vértigo, Brian.

—Ahora la nave se mantiene a la misma velocidad, ¿no es así? —dijo Sonia.

—Sí, hasta que nos convenga —respondió Lake.

—Una semana —decidió la joven, con los labios muy juntos—. No esperaré más.

—Es su prometido, recuérdelo.

—Lo sé. Pero me empieza a pasar algo parecido a lo que le ocurría a Kathryn con Malloy. Lake la miró, sorprendido.

—No me diga...

—Por favor, no quiero seguir hablando de este asunto. Brian, tome nota de la hora. Dentro de una semana, exactamente, daremos media vuelta. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Sonia se marchó. Gea la miró comprensivamente.

—Pobre chica ... Ha sufrido una terrible decepción...

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Lake.

—Salta a la vista, hombre. Por fotografías, sé como era Thooker, y no es que una chica joven y bonita no pueda enamorarse de un hombre que le pasa quince o dieciséis años y, además, es feo, sino que

las perspectivas de pasarse toda la vida tejiendo junto a la chimenea, mientras él está en su laboratorio, día y noche, no son nada agradables. Sencillamente, ha llegado a un punto en que él ya no le interesa.

—Pero quiere rescatarlo.

—Hombre, a fin de cuentas es un ser humano y ella no es una desalmada. Pero… —murmuró Gea muy pensativa— ¿qué le causaría la muerte? ¿Por qué encontrarnos aquí un cadáver que se convirtió en polvo apenas lo tocamos?

—Tal vez, si volvemos a verle algún día o, por lo menos, volvemos a oír su voz, sepa explicarnos ese enigma —contestó Lake.

* * *

De repente, cuando ya sólo faltaban dos días para que se cumpliese el plazo señalado por Sonia, una lámpara empezó a centellear en el cuadro de mandos.

Gea estaba sola en la cámara en aquellos instantes y usó el interfono para llamar a Lake. El joven, que dormía, se vistió en pocos momentos y corrió a la planta inferior.

Sonia llegó instantes después.

— ¿Qué sucede? —preguntó.

Lake estaba muy afanado moviendo los controles de la consola.

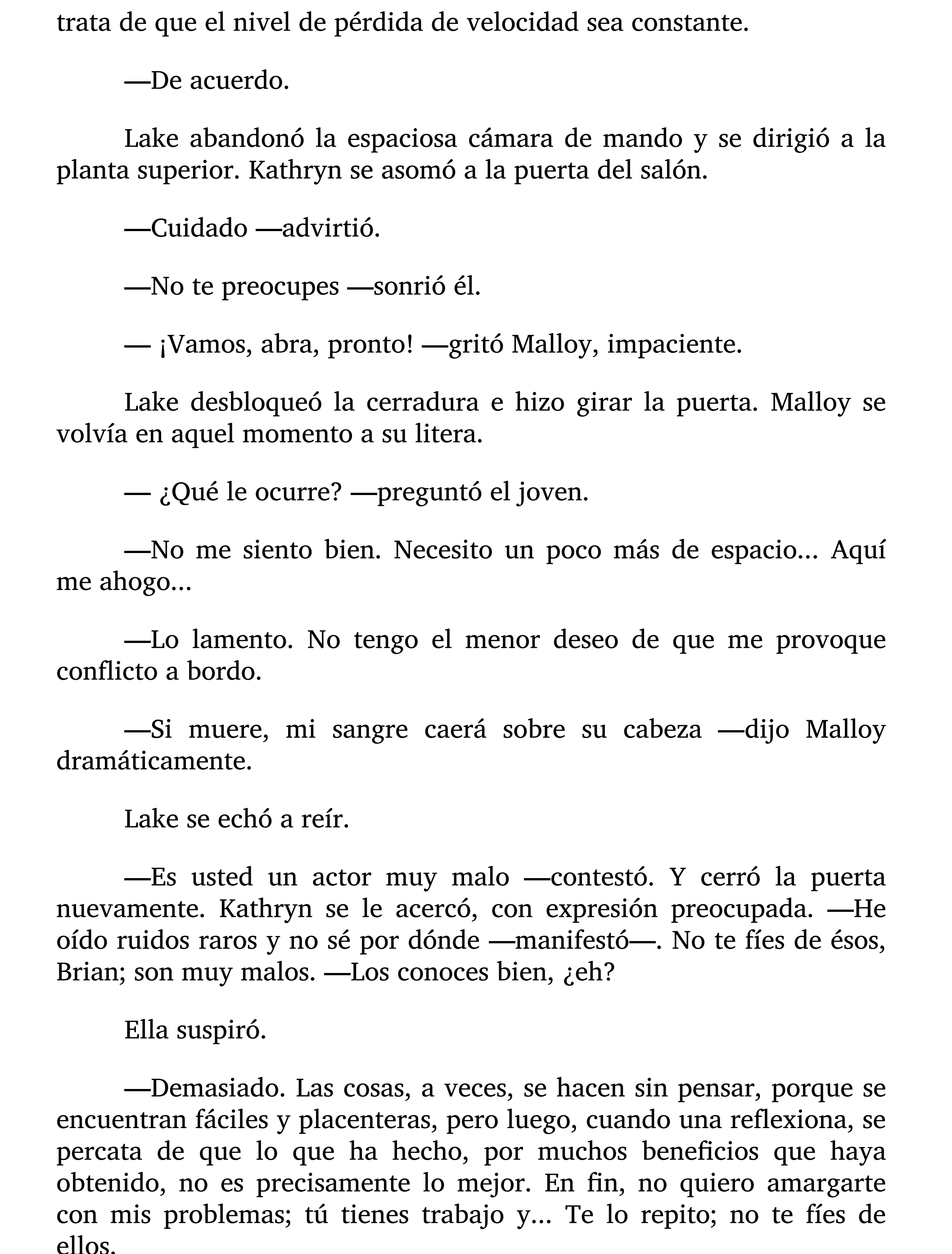
—Los detectores señalan un planeta. Voy a decelerar —contestó.

— ¿Es muy grande la distancia?

—Aterrizaremos antes de veinticuatro horas. Al menos, en este sentido, es de alabar la perfección de los instrumentos construidos por Thooker.

Arriba sonaron fuertes golpes. Lake adivinó lo que sucedía y se puso en pie.

—Gea, vigila bien los instrumentos. Ya estamos decelerando;



trata de que el nivel de pérdida de velocidad sea constante.

—De acuerdo.

Lake abandonó la espaciosa cámara de mando y se dirigió a la planta superior. Kathryn se asomó a la puerta del salón.

—Cuidado —advirtió.

—No te preocupes —sonrió él.

— ¡Vamos, abra, pronto! —gritó Malloy, impaciente.

Lake desbloqueó la cerradura e hizo girar la puerta. Malloy se volvía en aquel momento a su litera.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó el joven.

—No me siento bien. Necesito un poco más de espacio… Aquí me ahogo…

—Lo lamento. No tengo el menor deseo de que me provoque conflicto a bordo.

—Si muere, mi sangre caerá sobre su cabeza —dijo Malloy dramáticamente.

Lake se echó a reír.

—Es usted un actor muy malo —contestó. Y cerró la puerta nuevamente. Kathryn se le acercó, con expresión preocupada. —He oído ruidos raros y no sé por dónde —manifestó—. No te fíes de ésos, Brian; son muy malos. —Los conoces bien, ¿eh?

Ella suspiró.

—Demasiado. Las cosas, a veces, se hacen sin pensar, porque se encuentran fáciles y placenteras, pero luego, cuando una reflexiona, se percata de que lo que ha hecho, por muchos beneficios que haya obtenido, no es precisamente lo mejor. En fin, no quiero amargarte con mis problemas; tú tienes trabajo y… Te lo repito; no te fíes de ellos.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Kathryn.

Lake volvió a la cámara de mando.

—Todo marcha bien —informó Gea—. El ritmo de declaración es constantemente uniforme. Dentro de veinticuatro horas, estaremos en condiciones de aterrizar, si los analizadores por control remoto indican normalidad en ese planeta.

—Está bien, gracias.

Gea se levantó.

—No hace falta una vigilancia absolutamente constante, aunque sí un vistazo de cuando en cuando —se despidió.

La cámara, muy amplia, era de forma semicircular, ya que la ligera concavidad de la pared en donde estaban las lucernas correspondía a la curvatura del casco. En torno al mamparo opuesto, a un nivel superior a los asientos de pilotaje, corría un extenso diván, partido en dos por la puerta.

Lake se sentó en uno de los lados del diván, a un metro sobre su asiento de control. Durante unos segundos, contempló pensativamente el gris vacío que se divisaba al otro lado de las ventanas circulares.

Sonia estaba abajo y se volvió para mirarle.

— ¿En qué piensa? —preguntó.

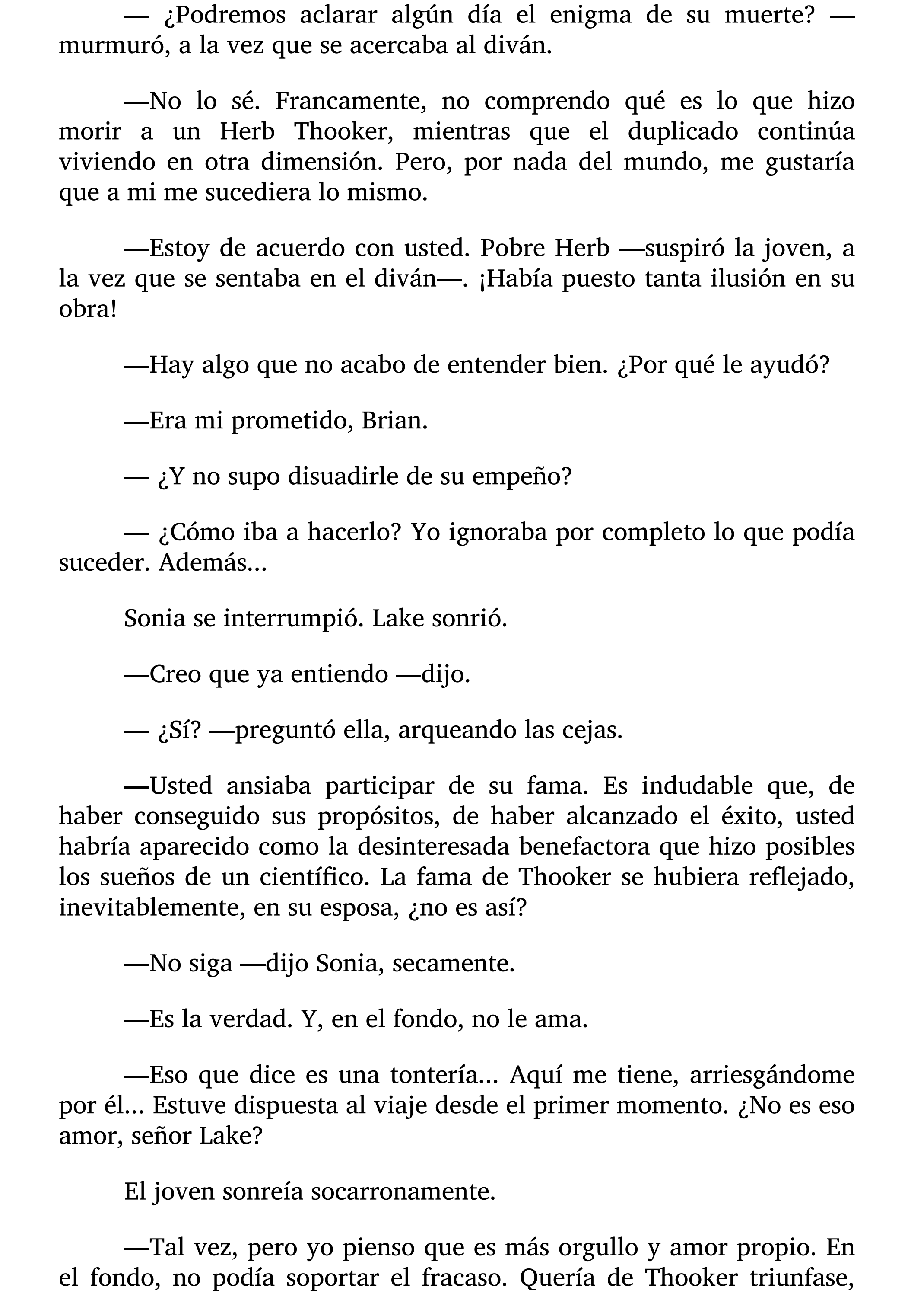
—Simplemente, en el momento en que debería producirse el encuentro con la otra nave. Según las instrucciones que nos dio, faltan poco más de veinticuatro horas para la reunión, pero eso no será posible.

— ¿Por qué, Brian?

—Primero, unos rufianes nos hicieron zarpar antes de tiempo. Segundo, el desdoblamiento se produjo cuando la nave había rebasado la cifra cien, es decir, los treinta millones de kilómetros por segundo, velocidad a la que nosotros no hemos llegado.

—Podíamos intentarlo…

—Si conseguimos liberarnos de esa banda de forajidos que nos asaltó, yo me volveré a la Tierra. Lo siento, hubiera intentado la aventura, pero después de ver lo que le pasó a su prometido, no tengo el menor interés en convertirme en polvo. Me imagino que usted debe de pensar lo mismo, ¿no?



Sonia asintió, a la vez que se ponía en píe.

— ¿Podremos aclarar algún día el enigma de su muerte? —murmuró, a la vez que se acercaba al diván.

—No lo sé. Francamente, no comprendo qué es lo que hizo morir a un Herb Thooker, mientras que el duplicado continúa viviendo en otra dimensión. Pero, por nada del mundo, me gustaría que a mi me sucediera lo mismo.

—Estoy de acuerdo con usted. Pobre Herb —suspiró la joven, a la vez que se sentaba en el diván—. ¡Había puesto tanta ilusión en su obra!

—Hay algo que no acabo de entender bien. ¿Por qué le ayudó?

—Era mi prometido, Brian.

— ¿Y no supo disuadirle de su empeño?

— ¿Cómo iba a hacerlo? Yo ignoraba por completo lo que podía suceder. Además…

Sonia se interrumpió. Lake sonrió.

—Creo que ya entiendo —dijo.

— ¿Sí? —preguntó ella, arqueando las cejas.

—Usted ansiaba participar de su fama. Es indudable que, de haber conseguido sus propósitos, de haber alcanzado el éxito, usted habría aparecido como la desinteresada benefactora que hizo posibles los sueños de un científico. La fama de Thooker se hubiera reflejado, inevitablemente, en su esposa, ¿no es así?

—No siga —dijo Sonia, secamente.

—Es la verdad. Y, en el fondo, no le ama.

—Eso que dice es una tontería… Aquí me tiene, arriesgándome por él… Estuve dispuesta al viaje desde el primer momento. ¿No es eso amor, señor Lake?

El joven sonreía socarronamente.

—Tal vez, pero yo pienso que es más orgullo y amor propio. En el fondo, no podía soportar el fracaso. Quería de Thooker triunfase,

para satisfacer su vanidad, eso es todo.

—Satisfacer la vanidad, a costa de perder la vida, es demasiado, ¿no le parece?

—Recuerde que desistimos del viaje apenas vimos su cadáver. Y ahora estaríamos en la Tierra, de no haber sido por ese inesperado asalto. Lo cual, ciertamente, no se le puede reprochar.

De pronto, Lake abrazó a la joven y la atrajo hacia sí. Sonia echó la cabeza hacia atrás.

—No me bese —prohibió.

Ella estaba muy encarnada y respiraba afanosamente. Lake emitió una leve sonrisa.

—Gea lo adivinó y Herb lo confirmó: es usted hielo puro.

— ¿Cómo pudo confirmar Herb algo que ni siquiera tuvo ocasión de experimentar? — ¿Se lo permitió usted?

Sonia guardó silencio durante unos instantes. Lake buscó sus labios pero cuando ya rozaba los de la joven, ella se separó vivamente. Estaba muy alterada y su esbelto pecho subía y bajaba con inusitada rapidez. —Adiós —dijo, a la vez que echaba a correr hacia la salida.

Lake soltó una risita. Luego, calmosamente, se acercó a la consola de mando.

La deceleración se producía de una manera uniforme. Antes de veinticuatro horas tendría a la vista el planeta hacia el cual se acercaban.

Se preguntó si debería dejar allí a Malloy y sus secuaces. Sería una decisión cruel... pero ¿no valía la pena pensar en lo que aquellos hampones podían hacerles?

Malloy era un tipo sin escrúpulos, propenso, además a perder los estribos. En cualquier momento, podía cometer un disparate. Ni siquiera se sentía seguro, manteniéndolo encerrado en su cámara, aislado de sus secuaces, a quienes había aislado asimismo individualmente.

—En fin —se dijo—. éste es un problema que resolveremos mañana, cuando tengamos a la vista ese nuevo mundo.

El resto de la jornada transcurrió con entera normalidad. La disminución de velocidad era constante y podía apreciarse sin dificultad en los instrumentos. Después de la cena, Lake permaneció varias horas ante la consola de mando. Kathryn le relevó a la media noche.

—Esto es lo único que debes vigilar —indicó—. Si ves que las cifras descienden con demasiada rapidez, toca ese timbre de alarma. Gea te relevará a las cuatro.

—De acuerdo.

Lake regresó a su cámara. Apenas había llegado, oyó el zumbido del interfono. Era Sonia.

—Venga a mi cámara, es urgente —llamó la joven.

Lake echó a correr. Al abrir la puerta, vio a Sonia en pie, en el centro de la cámara, sonriendo de un modo especial.

La única prenda de ropa que Sonia llevaba puesta era una toalla de baño enrollada en torno al cuerpo. El rojo de la toalla contrastaba vivamente con la blancura de su epidermis.

—Quiere demostrarte que no soy hielo —dijo.

—Eres fuego puro —murmuró él, mucho más tarde.

CAPÍTULO VII

Malloy lanzó una risita burlona.

—Mirad los tortolitos —dijo, señalando a la pareja estrechamente abrazada, sumidos ambos en un plácido sueño.

— ¡Ah, qué envidia me dan! —suspiró Spalley.

—La juventud, eso es todo —dijo Coolish.

De pronto, Lake presintió que no estaba solo y abrió los ojos. Todavía con Sonia en sus brazos, volvió la cabeza un poco.

—Buenos días, milord —dijo Malloy burlonamente—. ¿Desean milord y milady algo especial para el desayuno?

Sonia despertó en aquel momento y lanzó un chillido al darse cuenta de que había gente en la habitación.

—Dave, tú abajo, a la cámara de mando —ordenó Malloy—. Ustedes, levántense.

Coolish desapareció en el acto. Lake contempló pensativamente la pistola disgregadora que Spalley sostenía en su mano derecha.

— ¿Cómo lo han conseguido? —preguntó.

—Hay fallos en los mamparos de comunicación. Construir un destornillador con una cuchara no es tan difícil. ¡Vamos, arriba!

Sonia se había sentado en la litera y se cubría el pecho con la sábana.

—Al menos hagan el favor de salir de aquí —pidió.

De pronto, se oyeron unos chillidos. Segundos después, apareció Dawson, trayendo a Kathryn, sujeta por el pelo.

—Aquí está, jefe.

Malloy miró airadamente a la pelirroja.

—Luego hablaremos tú y yo —dijo—. Lake, se han cambiado las tornas. Nuevamente somos los dueños de la nave, ¿entendido?

—Bien, no hay nada que oponer, pero...

— ¡Basta de cháchara! ¡Levántense en el acto!

—Pero yo... no voy a vestirme... delante de ustedes... —exclamó Sonia, encarnada hasta la raíz del cabello.

—Cierre los ojos y así pensará que nadie la está riendo —contestó Malloy brutalmente.

—Haz lo que te ordenan, Sonia —dijo Lake, conciliador—. No tenernos otra alternativa.

Sonia alargó la mano. Ordinariamente, usaba un mono y procuró ponérselo con toda rapidez. Lake se vistió también.

—Y ahora, vamos abajo. Quiero hablar con usted,

Lake —dijo Malloy.

Dawson continuaba sujetando a Kathryn por el pelo.

Sonia se indignó

—Suéltela, rufián —gritó.

La respuesta de Dawson consistió en mover la mano libre.

Alcanzada de lleno, Sonia cayó al suelo, gritando de dolor.

Lake sintió que un velo rojo se interponía ante sus pupilas. Furioso, se arrojó contra el hampón, pero Spalley fue más rápido y usó el cañón de su pistola. Lake se desplomó sin conocimiento.

Sonia, todavía en el suelo, miró aterrada al joven.

— ¡Lo han matado! —exclamó.

—Nada de eso, hermosa —se burló Malloy—. Simplemente, estará un rato dormido. Cuando despierte, tendrá un buen chichón, eso es todo. Bien, vamos, abajo todos. Tú, Spalley, encárgate de Lake.

Momentos después, entraban en la cámara de mando. Spalley, cargado con el inconsciente Lake, arrojó a éste sobre el diván.

Gea se hallaba situada frente a la consola de mandos. Con ojos aterrados miró a los hampones, comprendiendo instantáneamente la gravedad de la situación en que se hallaban.

—No debieron haber hecho esto —dijo—. Tenemos un planeta a la vista. Necesitamos a Brian para la maniobra de aterrizaje.

Malloy frunció el ceño.

—Tuck, despiértalo —ordenó.

—Bien, jefe.

Malloy se acercó a una de las lucernas y contempló la bola gris que parecía flotar inmóvil en el espacio.

— ¿Qué planeta es ése? —preguntó.

— ¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó Gea malhumoradamente—. Yo no soy astronauta...

— ¿Se podrá vivir ahí?

—Al menos, se puede respirar, es todo lo que puedo decirle.

Sonia observó, preocupada, la rapidez de aproximación de aquel mundo.

—Gea, ¿no puedes decelerar más? Si seguimos así, nos estrellaremos —dijo.

—Haré todo lo que pueda, pero. .

— ¡Jefe, Lake no reacciona! —gritó Spalley.

Sonia corrió hacia el diván.

— ¡Bárbaro! Le pegó demasiado fuerte —exclamó—. Ahora está con una tremenda conmoción cerebral.. Puede que, incluso, le haya fracturado el cráneo...

—Si se hubiera estado quieto —rezongó Spalley.

Sonia se arrodilló y pasó la mano bajo la cabeza del inconsciente Lake. El bulto causado por el golpe era claramente perceptible. No parecía que el hueso estuviese fracturado, pero tampoco cabía duda acerca de la fortísima conmoción cerebral.

—Si nos estrellamos, sólo ustedes tendrán la culpa —exclamó, al ponerse en pie. Miró a Malloy con ojos llameantes—. Usted quiso evitar perder cinco años de su vida, pero si ahora muere, ¿qué habrá ganado? Malloy se puso nervioso.

— ¡Diablos, yo sólo quería esfumarme durante una temporada! Vamos, hagan algo...

—Ya es imposible —anunció Gea fríamente—. ¡Miren!

La masa del planeta parecía caérseles encima. En pocos segundes, aquel globo grisáceo ocultó por completo el cielo de aquel sector del espacio. Un minuto después, la nave quedó envuelta por una espesa capa de gas, que impedía ver cuánto había a su alrededor.

Un profundo silencio se hizo en la cámara, Sonia volvió a arrodillarse junto al joven y tomó una de sus manos.

La "Infinito" parecía absolutamente inmóvil, pero Sonia sabía que era sólo una ilusión de sus sentidos. En realidad, atravesaban la atmósfera de aquel planeta con una velocidad increíble. La muerte, pensó, resultaría misericordiosa: un choque, dolor durante una fracción de secundo y luego la nada., el infinito del no existir.

Repentinamente, se oyó un crujido. La nave tembló ligeramente. Kathryn lanzó un grito de terror. — ¡Nos estrellamos! Gea se puso en pie y alargó el cuello. —No, hemos aterrizado —dijo tranquilamente.

* * *

Nadie comprendía cómo había sucedido, pero era la realidad. La "Infinito" se había posado en tierra firme, aunque la espesa niebla que había pegada al suelo cortaba la visibilidad a pocos metros de distancia.

—Salgamos —dijo Malloy.

—Esto no me gusta, jefe —rezongó Dawson.

—Entonces, quédate, cobarde. Vamos, Tuck, Dave.

Spalley y Coolish siguieron a su jefe. Gea tomó una decisión.

—Voy a ver lo que hay afuera —dijo.

—Kathryn, ¿quieres traer algo de agua? —pidió Sonia—. Trataré de conseguir que Brian reaccione...

—Per supuesto, ¿puedo, Mike?

—Claro —contestó Dawson de mal talante.

Malloy fue el primero en poner el pie en el suelo. Gea quedó a mitad de la escalera, contemplando absorta el tétrico panorama que se ofrecía ante sus ojos.

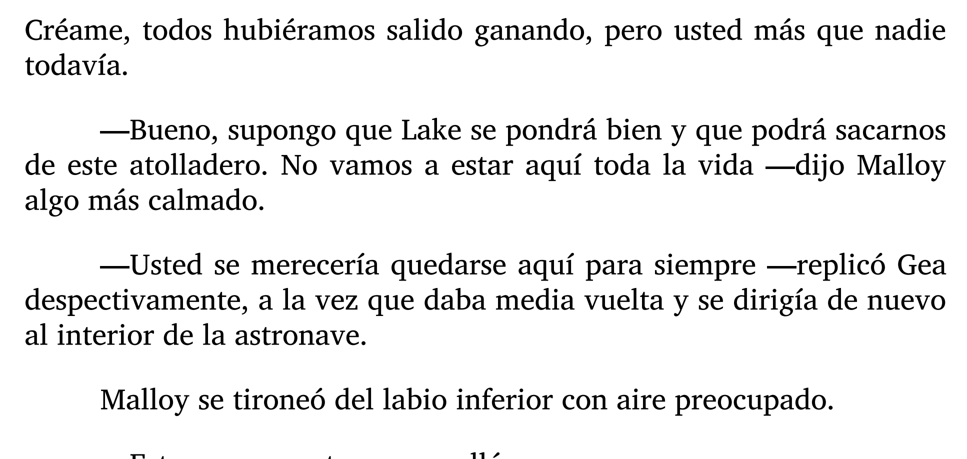
Era un suelo absolutamente muerto, árido, pedregoso, en el que no se veía una sola planta, ni el menor tallo de hierba. A unos cincuenta metros de distancia, la visibilidad resultaba ya imposible.

—Pero ¿adónde diablos nos ha traído ese imbécil de Lake? —barbotó Malloy, cuando, al fin, pudo recobrar el habla.

— ¿Cree que lo sabe él mismo? —dijo Gea a sus espaldas.

Malloy giró en redondo y la miró furiosamente. —Entonces, ¿por qué se metió a pilotar esta maldita nave?

—Usted no conoce la historia ni sabe por qué Lake accedió a las propuestas de la señorita Still. Lo único que le interesaba era hacer despegar esta nave y permanecer en el espacio una temporada, para eludir la acción de la justicia. Si tuviese dos dedos de frente, en lugar de buscar esta nave, habría ido corriendo a ponerse delante del juez.



Créame, todos hubiéramos salido ganando, pero usted más que nadie todavía.

—Bueno, supongo que Lake se pondrá bien y que podrá sacarnos de este atolladero. No vamos a estar aquí toda la vida —dijo Malloy algo más calmado.

—Usted se merecería quedarse aquí para siempre —replicó Gea despectivamente, a la vez que daba media vuelta y se dirigía de nuevo al interior de la astronave.

Malloy se tironeó del labio inferior con aire preocupado.

—Esto no me gusta —mascculló.

—Podemos explorar... —sugirió Spalley tímidamente.

—Si quieres —se burló Coolish—. En cuando hayas caminado cien pasos, ya no verás la nave. Otros cien pasos más y perderás por completo el sentido de la orientación. Empezarás a caminar en círculo y estarás así días y días hasta que mueras de sed y de hambre.

—Cállate, no seas fúnebre, Dave.

Malloy se rascó de pronto un costado.

—Me pica —murmuró—. Voy a tomar un baño. Vosotros, no perdáis de vista a las mujeres. En cuanto se recobre Lake, quiero saberlo. ¿Entendido?

Spalley asintió, mientras se rascaba suavemente la mejilla izquierda.

—Váyase tranquilo, jefe.

Gea llegó a la cámara de mando, en la que Lake continuaba inconsciente, pese a los esfuerzos que hacía Sonia para despertar al joven.

—Será mejor que lo dejes. Brian es fuerte y reaccionará por sí mismo. Le han pegado duro, eso es todo.

Sonia se puso en pie.

—Yo he tenido la culpa —dijo.

— ¿De veras? —sonrió Gea.

—Anoche me hizo sentirme furiosa. No sé qué me pasó luego; quise demostrarle que… que no era de hielo y…

Gea pasó un brazo por los hombros de Sonia.

—Anímate, mujer —dijo, persuasivamente—. Estas cosas pasan… cuando menos lo espera una. Además, Malloy y los suyos están muertos de miedo.

— ¿Lo crees así?

—El panorama que se ve afuera es horrible. Sonia, no sé adonde hemos ido a parar, pero estoy deseando despegar de nuevo y volver a la Tierra. Lo siento por ti; tu prometido seguirá siendo un fantasma.

Sonia sintió un escalofrío.

— ¿Y si nos sucede lo mismo a nosotros, cuando regresemos? ¿Sabemos si nos hemos duplicado ya?

— ¡Sonia! No digas eso. —Gea se dio una bofetada a sí misma—. Al menos, yo me siento todavía de carne y hueso.

—La duplicación puede producirse en el viaje de vuelta aún.

—Pero, según lo que dijo Brian, ello ocurrió cuando Thooker rebasó cien veces la velocidad de la luz. Nosotros no hemos pasado de noventa y ocho. Por tanto, no tenemos nada que temer. Volveremos a la Tierra, te lo aseguro.

— ¿Sabremos encontrar el camino?

Gea calló un instante.

—Tenemos la grabadora de órbitas. Brian conoce bien su manejo —respondió al cabo.

* * *

Lake despertó casi veinticuatro horas más tarde, pero aún tardó otro tanto en atreverse a poner el pie en el suelo. Sonia le sirvió un sustancioso desayuno, que el joven consumió con buen apetito.

—Seguimos prisioneros de Malloy —dijo.

—Eso no me preocupa tanto ahora —contestó él, ya enterado de lo que sucedía—. Sonia, tenemos que salir de aquí.

—Para volver a la tierra supongo.

— Claro.

— ¿Lo permitirá Malloy?

—Si no le gusta, lo dejaremos aquí. Con sus secuaces, claro está.

Lake flexionó las piernas.

—Creo que ya estoy repuesto —sonrió. Miró a la joven—. Mujer de fuego —añadió.

Sonia se ruborizó.

—Por favor...

— ¿Qué pretendías demostrar, Sonia?

—No hagas preguntas estúpidas. Demasiado lo sabes, Brian. ¿O es que te gusta que te regalen los oídos?

Lake acarició la mejilla de la joven. Luego tomó su brazo.

—Vamos a ver el paisaje —propuso. Spalley estaba en la puerta, con la pistola en la mano.

—Tengo órdenes de no perderles de vista en ningún momento —manifestó secamente.

—Mientras no cabalgue sobre mis hombros... —dijo Lake socarronamente.

Momentos después, ponía el pie en el exterior.

—Es horrible —dijo—. Además, la temperatura no resulta agradable. Debemos de estar a unos diez o doce grados solamente. No hay agua, no se ve el menor rastro de vida... Pero la niebla es vapor de agua. ¿De dónde sale?

— ¿Estás segura de que esta niebla es vapor de agua? Yo no noto la menor humedad. Lake asintió.

— Puede que tengas razón y que se trate solamente de algún gas desconocido, pero respirable —dijo. Se inclinó, recogió un pedrusco y lo examinó con toda atención—. Esto es granito, idéntico al terrestre, desde luego.

—El granito lo es en cualquier parte, ¿no? Lake hizo una mueca. De pronto, pareció recordar algo.

—Sonia, cuando Thooker nos sometió a la hipnopedia, mencionó algo sobre un calendario... No lo hemos utilizado hasta ahora, porque, prácticamente, hemos contado el tiempo con los relojes corrientes... Casi podría decirse con los dedos, ¿no?

Sonia se puso las manos en la frente.

—Es cierto, aunque no fue demasiado explícito al respecto y no sé por qué. Tal vez no le dio importancia o quizá pensaba continuar las sesiones de hipnopedia, ¿no te parece?

—Es muy probable —admitió Lake—. De todas formas, haríamos bien en examinar ese calendario. Vamos adentro.

Cuando llegaba a lo alto de la escalera, volvió la cabeza. Le pareció que aquella extraña niebla tendía a aclarar.

Spalley les seguía, como un perro fiel. Arriba, de pronto, sonó una maldición.

—El jefe —dijo Spalley.

— ¿Qué le pasa? —preguntó Lake.

—Lo que a cualquiera persona decente: necesita un trago de cuando en cuando y en este maldito trasto no hay ni una gota de alcohol.

—Las personas decentes no necesitan beber —dijo Sonia cáusticamente.

Spalley soltó un bufido. Lake sonrió para sí. Pero su atención estaba centrada en el calendario.

Momentos después, entraban en la cámara de mando. Lake examinó con toda atención la vasta consola de mando. Las sesiones de hipnopedia, se dijo, no habían sido lo suficientemente extensas.

Al cabo de unos segundos, Lake vio un rectángulo de metal,

situado en la parte más alta de la consola, que era, en realidad, un plano inclinado, con objeto de facilitar el manejo de los diversos instrumentos. Entonces recordó que debía presionar un botón situado junto al rectángulo metálico.

Alargó la mano. El trozo de metal giró hacia arriba.

Un indicador numerado apareció ante sus ojos. Estaba dividido en tres partes, una de ellas considerablemente más larga que las otras dos.

Esto era fácilmente comprensible, ya que los trozos menos largos sólo podían marcar dos cifras cada uno. El sector largo, en cambio, podía permitir la lectura de hasta siete cifras.

La indicación del calendario en aquel momento era:

28-04-0036487

Lake guardó silencio unos instantes, mientras trataba de asimilar la lectura de aquellas indicaciones. A su lado, Sonia permanecía igualmente callada,

Spalley les vigilaba desde la entrada. De pronto, Sonia dijo:

—Brian, ¿piensas tú lo mismo que yo?

—Sí —contestó el joven—. La fecha es veintiocho de abril del año treinta y seis mil cuatrocientos ochenta y siete.

—Es decir, nos hallamos en el siglo tres mil seiscientos cincuenta.

—Exactamente.

CAPITULO VIII

— ¡Eso es absurdo! —gritó Malloy—. No hemos podido adelantarnos más de treinta y cuatro mil años a nuestro tiempo.

Fríamente, Lake señaló el calendario.

—Mírelo, si no me cree —respondió—. Yo no he construido la nave ni conocía su manejo hasta hace unas semanas. Pero, por muy chiflado que estime al profesor Thooker, hay cosas de las que no puedo dudar.

— ¿De qué te preocupas, Duffie? —se burló Kathryn—. El juez no puede alcanzarte a más de tres mil seiscientos siglos de distancia.

—Cierra el pico, estúpida —Malloy agitó furiosamente el dedo índice—. Lake, usted nos trajo aquí y usted nos llevará de nuevo a la Tierra. ¿Me ha oído?

— ¡Ah, vamos!, ahora, prefiere ir a la cárcel, ¿no?

—Déjese de tonterías. Yo me ocuparé de librarme de ese maldito juez; lo demás no le importa a usted en absoluto.

De repente, Gea lanzó un agudo grito:

— ¡Miren, la niebla se disipa!

Lake volvió la cabeza. El campo visual se ensanchaba con rapidez al alejarse, movida por una brisa, la niebla que hasta entonces había envuelto a la astronave.

—Será mejor que salgamos fuera —dijo.

Malloy quiso protestar, pero el joven no le hizo el menor caso. Momentos después, estaban de nuevo al pie de la escalera.

La atmósfera aclaraba con sorprendente rapidez. Sin embargo, apenas se notaba movimiento de aire. Era como si el gas que había formado hasta entonces la niebla se disolviese por sí solo.

Cinco minutos más tarde, podían ver el cielo, completamente azul.

El sol brillaba a media altura sobre el horizonte.

—Está un poco más amarillo —dijo Lake.

—Debe de ser una estrella más vieja que nuestro sol —apuntó Sonia.

—No. Es "nuestro" Sol. Y nosotros estamos en la Tierra.

Sonia se quedó sobrecogida al comprender la cruda realidad encerrada en aquella respuesta.

—Entonces, no hemos viajado por el espacio, sino..

—A través del tiempo. Simplemente, nos hallamos ahora a casi treinta y seis mil quinientos años de nuestra época.

Los ojos de la joven recorrieron absortos aquella extensísima planicie pedregosa, en la que no se divisaba el menor signo de vida. Todo era piedra y arena grisácea, sin el menor relieve, una llanura total, hasta donde alcanzaba la vista. Ni siquiera en el horizonte se divisaban montañas o colinas.

—Dios mío —murmuró—. ¿"Esto" será nuestro planeta dentro de tres mil seiscientos cincuenta siglos?

—No, Sonia. "Es" ahora —corrigió Lake sombríamente.

—Pero ¿qué inventó Herb? ¿Qué disparates se le ocurrieron?

—No lo sé. Hay cosas que aún no comprendo. ¿Por qué tomamos tierra sin contratiempos? ¿Había algún mecanismo que actúa automáticamente? ¿Qué misteriosos caminos hemos recorrido hasta llegar aquí? ¿Por qué él se desdobló y murió y nosotros no?

Sonia inspiró con fuerza.

—Brian, una cosa es segura: si consigo volver a mi época, no volveré a moverme del suelo, ni siquiera para volar por encima de las ciudades y a ras de los tejados —exclamó.

Lake sonrió, en el momento en que sonaba la voz autoritaria de Malloy a sus espaldas:

— ¡Dave, Mike! Cada uno, en dirección opuesta, hasta que la nave os resulte apenas visible. En alguna parte, por todos los diablos, tiene que haber gente, casas, ciudades... ¡Esto no puede ser un desierto! Lake se volvió hacia el individuo. —Malloy, le guste o no, debe saber que sí estamos en un desierto. Por la sencilla razón de que en esta época, la humanidad ya se ha extinguido. Nosotros somos los únicos seres vivientes, ¿lo entiende?

Se oyó un atroz juramento. Luego, Malloy, despectivamente, se encogió de hombros.

—Antes de la noche habremos salido de dudas —dijo. Dawson y Coolish, siguiendo instrucciones recibidas con anterioridad, emprendieron la marcha de inmediato, en direcciones diametralmente opuestas. Lake y los demás quedaron en el mismo sitio, abrumados por el desastre que suponía el haber viajado en el tiempo, hacia el futuro, en lugar de a través del espacio, como habían supuesto en un principio.

—Sonia, ¿cómo pudo decir Thooker que había estado en varios planetas e incluso que había conversado con sus habitantes? ¿De dónde se sacó semejante historia?

—Brian, si no lo encontramos de nuevo, no lo sabremos jamás — respondió la joven.

El resto del día transcurrió lentamente. Apenas si hablaban entre sí. La inquietud que les producía su situación era el sentimiento predominante en todos.

Al atardecer, se vieron dos siluetas que regresaban cansadamente a la nave. Media hora después, Coolish y Dawson, agotados, llegaron al pie de la escalera. —Nada —dijo el primero.

—Todo es igual. No se ve a nadie, ni gente, ni casas... No hay montañas, ni agua... —jadeó Dawson.

Kathryn se compadeció de los dos sujetos, que estaban completamente exhaustos.

—Voy a traeros un poco de café —dijo.

Malloy se volvió hacia el joven.

—Lake, no perdamos ya más tiempo. Haga lo que sea, pero volvamos a la Tierra. Cualquier cosa es preferible a seguir un minuto más en esta horrible situación.

—Vaya, era hora ya de que se portase con sensatez —sonrió Lake—. Bien, ahora mismo…

Bruscamente, se oyó un agudísimo chillido que partía del interior de la nave.

— ¡Brian, ven, corre! —gritó Kathryn.

Lake subió los escalones de cuatro en cuatro. La voz de la pelirroja sonaba en la planta situada sobre la cámara de mando.

Cuando llegó junto a ella, Lake la vio frente a una puerta abierta de par en par. Asomó la cabeza y, en el mismo instante, sintió un terrible frío.

Tendido sobre su litera, en absoluta inmovilidad, estaba Malloy.

Lake tardó algunos segundos en reaccionar. El aspecto de Malloy era idéntico al de Thooker, cuando lo encontraron muerto sobre los mandos de su nave.

Temblaba de miedo al imaginarse lo que iba a ver, pero era preciso hacerlo. Oyó que sonaban pasos que se aproximaban y se volvió hacia la pelirroja.

—Kathryn, diles que no suban. Deben esperar fuera de la nave —exclamó.

—Sí, sí…

Lake empezó a recorrer todas las cámaras, una por una. ¿Cuándo habían muerto?, se preguntó, al ver los cuerpos inanimados.

No todos los cadáveres estaban en sus respectivas literas. El de Kathryn apareció en el suelo de la cocina.

Gea estaba en uno de los baños, sumergida en el agua, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera. Temblando de pánico, Lake abrió la puerta de la cámara de Sonia.

Respiró aliviado, al verla vacía. Pero se encontró a sí mismo, junto a Sonia, en la cámara de mando, los dos sentados en el diván, absolutamente inmóviles.

No sabía qué pensar. Sentía deseos de creer en una pesadilla... pero la sensatez se impuso. Todo era real, por muy fantástico que pareciese. Estaban muertos y vivos a un tiempo. ¿Por qué?

Cuando asomó por la escotilla, siete rostros le miraron ansiosamente.

—Esta loca nos ha dicho algo que me parece un completo disparate —barbotó Malloy—. Yo no estoy muerto, sino vivo y bien vivo. ¿De dónde se ha podido sacar Kathryn semejante fantasía?

Lake miró largamente al individuo.

—Voy a hacer una prueba —dijo, mientras descendía la escalera. Al llegar al suelo, se inclinó, cogió un guijarro y se lo entregó a Sonia —. Tíramelo —pidió.

Lake se separó cuatro o cinco pasos.

—No hace falta que lo arrojes con fuerza —añadió—. Sólo lo justo para que me toque en el pecho.

Sonia asintió. El guijarro voló por el aire, chocó contra el cuerpo de Lake y cayó al suelo.

— ¿Qué significa esto? —gritó Malloy.

—Nada, usted no lo comprendería —dijo Lake—, Sonia, puede que nosotros, además de hallarnos en el futuro, estemos también en otra dimensión, pero, en todo caso, puesto que ese cambio de dimensión es para todos, resulta claro que la piedra no ha podido atravesar mi cuerpo.

—Eso es cierto —convino la joven—. Pero ahora debemos enfrentarnos con un problema.

— ¿Cuál, por favor?

—Nuestros cadáveres, Brian.

Gea se puso una mano en la boca.

—Nuestros... cadáveres... ¡Pero si estamos vivos!

—De alguna manera, nos hemos desdoblado —expresó Lake—. En el proceso de desdoblamiento, uno de los dobles muere, como le pasó al profesor Thooker.

—Y ahora… hay ocho cadáveres allá arriba… —se aterró Spalley.

—Si no lo cree, suba a verlo.

Hubo un segundo de silencio. De pronto, Dawson dio media vuelta y entró en la nave.

Transcurrieron cinco largos minutos. Luego, Dawson reapareció, pálido, desencajado.

—Es cierto… Todos estamos muertos… —lloró.

Súbitamente, Spalley se sintió acometido por un acceso de furia salvaje y se arrojó contra Malloy, blasfemando como un poseso:

—Usted, maldito hijo de perra. . Nos ha traído aquí, de donde no saldremos jamás…

—Quieto, quieto, Tuck —chillaba Malloy.

Coolish se unió a su compinche y los dos empezaron a golpear despiadadamente a su jefe, usando sin discriminación los puños y los pies. Malloy cayó al suelo, chillando frenéticamente. Kathryn reía, con gran estrépito, acometida por una especie de ataque de histeria.

Era una escena demencial. Sonia dio un paso hacia adelante, pero Lake asió su brazo y la detuvo.

—Déjalos, Malloy se lo tiene más que merecido —dijo, ceñudo.

De repente, Gea lanzó un agudo grito: — ¡Miren, la nave!

Lake volvió la cabeza. Aterrado, retrocedió unos pasos, llevándose a Sonia consigo.

La astronave despedía un vivísimo resplandor, como si se hubiese convertido en una bola de metal al rojo blanco. El resplandor aumentó hasta límites intolerables. De pronto, todos los presentes sintieron una especie de golpe, como si se encontrasen frente a un repentino huracán. Lake se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento y abrazó a Sonia instintivamente.

Ella se había desmayado ya. Lake pensó que había llegado el último instante de su vida. Todos los esfuerzos que hizo para mantenerse en pie resultaron inútiles.

* * *

Lake abrió les ojos y se sentó en el suelo. A su lado, Sonia empezó a dar señales de vida.

Gea se sentó también. Spalley masculló algo. Dawson gemía, mientras Kathryn se frotaba los ojos. Coolish y Malloy continuaban inconscientes.

Lake miró hacia la nave. La "Infinito" parecía hallarse en excelentes condiciones. Nada había cambiado en ella. Pero, entonces, ¿qué había originado aquel extraño resplandor?

Sonia despertó y se apretó contra el joven.

—Brian, ¿qué ha pasado? —preguntó. De repente, un hombre apareció en lo alto de la escalera.

— ¡Hola, amigos! —saludó Thooker alegremente—. Ya era hora de que nos encontrásemos, ¿eh?

— ¡Herb! —gritó Sonia.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal, señor Lake?

El joven se puso en pie. Agarró una piedra y la tiró con todas sus fuerzas contra el científico. Aunque Thooker se ladeó, no pudo evitar el impacto en el hombro izquierdo, lo que le hizo exhalar un grito de dolor.

— ¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué me apedrea, estúpido?

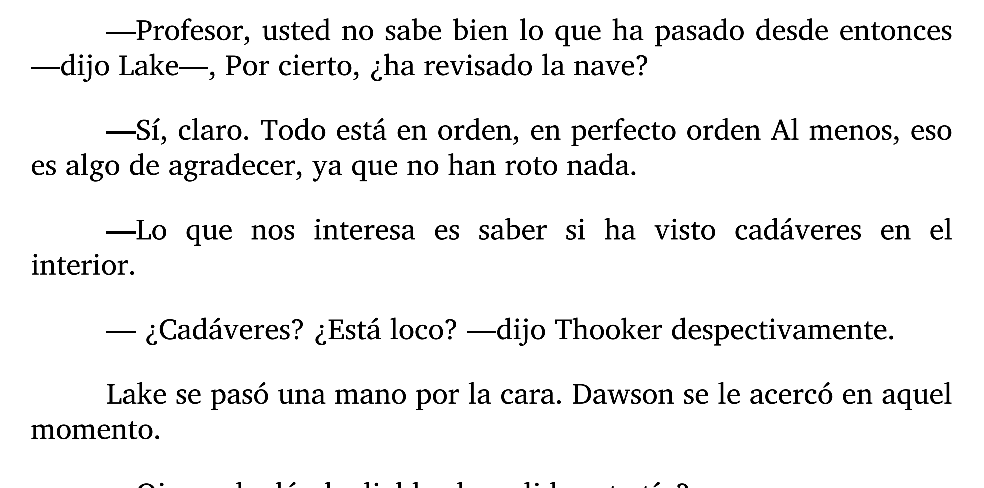
Lake se echó a reír.

—Profesor, una de dos: o ha cesado ya su desdoblamiento o está en la misma dimensión que nosotros —dijo. Se puso en pie y tendió una mano a la joven—. Al menos, ha sentido la pedrada —añadió.

—El desdoblamiento ha cesado. Conseguí localizar la nave y ambas son una ahora —dijo Thooker sorprendentemente.

—Entonces, ¿nos viste zarpar? —exclamó Sonia.

—Claro. Pero fue un despegue realizado a lo bestia...



—Profesor, usted no sabe bien lo que ha pasado desde entonces —dijo Lake—, Por cierto, ¿ha revisado la nave?

—Sí, claro. Todo está en orden, en perfecto orden Al menos, eso es algo de agradecer, ya que no han roto nada.

—Lo que nos interesa es saber si ha visto cadáveres en el interior.

— ¿Cadáveres? ¿Está loco? —dijo Thooker despectivamente.

Lake se pasó una mano por la cara. Dawson se le acercó en aquel momento.

—Oiga, ¿de dónde diablos ha salido este tío?

—Es el constructor de la nave, amigo —respondió Lake—. Y, si no vuelve a meter la pata, el hombre que nos devolverá al punto de partida.

—Exactamente —corroboró Thooker—. Sonia, ¿no te alegras de verme?

—No —contestó la joven secamente.

—Lake, ¿qué le sucede?

—Quizá se lo explique en otro momento. En todo caso, los problemas personales importan poco ahora.

—Queremos volver —dijo Kathryn.

Thooker miró curiosamente a la pelirroja.

— ¿Quién es? —preguntó.

—Ya te lo contaremos luego, durante el viaje de vuelta. Tienes que explicarnos muchas cosas, Herb —dijo Sonia.

—Bueno, mi desdoblamiento ha cesado ya. Las dos naves son una sola y... ¡Caramba, si no había visto a la ayudante del señor Lake! —exclamó Thooker.

— ¿Qué tal? —dijo Gea.

Spalley y los demás se acercaron al profesor.

—Nos va a sacar de aquí —rezongó el primero.

—Por supuesto. Pero ¿qué hace ese hombre en el suelo? ¿Está muerto?

Lake volvió la cabeza y sonrió. La inconsciencia de Malloy se debía a la paliza que le habían propinado sus esbirros.

—Será mejor que lo lleven a su cámara —aconsejó—. Sonia, vamos adentro.

Thooker les precedió hasta la cabina de mando.

—Bueno —dijo, al llegar allí—, admito que he cometido alguna imprudencia, pero todo está ya zanjado. Dentro de nada, como quien dice, estaremos de nuevo en casita.. Sonia, cariño, ya puedes empezar a fijar la fecha de la boda.

—Ni lo sueñes. Herb, no voy a casarme contigo —replicó la aludida.

Thooker pareció tomárselo con filosofía.

—Presentía que esto acabaría así algún día —contestó calmosamente—. En fin, puesto que quieren volver a casa…

—Herb, pero ¿te has dado cuenta de cuál es nuestra situación real? —preguntó Sonia.

—Claro que sí. Estamos en un planeta desconocido, aunque, por fortuna, la grabadora de órbitas, nos permitirá el regreso sin dificultad. Lo haremos con más lentitud, a fin de evitar accidentes desagradables…

—Herb, estás en la luna y lo digo metafóricamente, porque sin percatarte de la realidad de las cosas —exclamó la joven, visiblemente enojada. – No estamos en otro planeta, sino en la Tierra, y a más de treinta y seis mil años de nuestra época. ¿Lo entiendes ahora, pedazo de tonto?

La mandíbula de Thooker se aflojo repentinamente.

—No puede ser…. Esto es una astronave, no es una máquina del tiempo.

—Lo creas o no, has construido una máquina del tiempo, Herb.

CAPITULO IX

Durante unos segundos, Thooker pareció anonadado por la revelación. Luego, instintivamente, volvió la cabeza hacia el calendario.

—Dios mío —murmuró—. Pero ¿qué he hecho yo?

Gea adelantó un paso.

—Si este trasto es una máquina del tiempo, como dicen, entonces debe de funcionar como un reloj, ¿no es así?

—Bueno, algo parecido...

—Un reloj se puede adelantar o atrasar, según convenga. Y puesto que nosotros estamos adelantados, con retrasar el tiempo que se precise, será suficiente para volver al siglo XXII.

Lake alzó una mano.

— ¡Esperen! —dijo—. Hay algo que el profesor debe explicar claramente. Usted, Herb, dijo haber estado un año fuera y que visitó tres planetas distintos y que conversó con sus habitantes.

—Sí, es cierto; y tengo todas las cintas de video y de sonido, así

como las fotografías, en mi camarote. Puedo pasarlas por el proyector cuando quieran…

—Vamos allá —dijo el joven.

Despreocupándose de los hampones, quienes cargaban con el cuerpo de su jefe, Lake y los restantes se encaminaron al salón, mientras Thooker se dirigía hacia su cámara, de la que volvió a poco cargado con un proyector y un maletín que contenía las cintas de video y de sonido.

Las cintas estaban en cartuchos que podían insertar se en una gran pantalla de televisión. Thooker colocó la primera cinta con imágenes y dio el contacto.

Durante largo rato, estuvieron contemplando las grabaciones recogidas por el profesor en su viaje. Lake pudo darse cuenta de que las personas cuyas imágenes habían sido registradas usaban en ocasiones traductoras instantáneas.

—Es raro —dijo, después de un buen rato de silencio—. Si la “Infinito” es una máquina del tiempo, como afirma Sonia, ¿por qué ninguna de esas personas ha mencionado al profesor que estaban en el planeta Tierra?

— ¿Tenían que expresarlo así? —preguntó la aludida.

— ¿No lo harías tú, si llegase a la vecindad de tu casa un ser procedente de otro mundo?

Sonia asintió, profundamente pensativa.

—Les digo que viaje por el espacio, desdoblado, si ustedes quieren —insistió Thooker—. Esta no es una máquina del tiempo, aunque, lógicamente, se desplace a través del tiempo. La dimensión temporal es distinta mientras viaja por el espacio a la de la Tierra, eso es todo.

—Aquí hay algo que no logro comprender —dijo Lake—. Los paisajes son completamente normales. No se ven árboles ni plantas ni animales fantásticos; tanto éstos como los vegetales son absolutamente terrestres. Y, sin embargo, nadie dice que está en la Tierra, salvo el profesor, que declara proceder de ella. ¿Por qué?

—Herb —intervino Gea—, ¿está registrado cada uno de tus aterrizajes en la computadora de órbitas?

—Naturalmente. ¿Por qué lo pregunta?

—Si eso es así, en el registro tiene que aparecer la fecha, ¿no creen?

—En todo caso, lo revisaremos más tarde —dijo Lake—. Ahora nos convendría seguir examinando las grabaciones.

Pasaron algunos minutos. De pronto, surgió en la pantalla una panorámica nocturna. En el cielo estrellado se veía brillar un astro de mayor tamaño, aunque con una forma harto peculiar:

— ¡Es la Luna en cuarto creciente! —exclamó Sonia.

—La Luna —resopló Thooker.

—No le quepa la menor duda. Detenga la proyección y conecte el mando de aumento, profesor.

Thooker obedeció en el acto. La pantalla tenía casi un metro de lado y la definición de imágenes poseía una nitidez extraordinaria.

— ¡Pues es la Luna! —dijo Thooker, atónito.

— ¿No se te ocurrió comprobarlo cuando estuviste en ese planeta? —preguntó Sonia.

—Bueno, yo vi el satélite… pero todas las lunas de todos los planetas, o al menos la mayoría, tienen sus fases, como la Luna del Sistema Solar. Simplemente, no le concedí la menor importancia al caso.

—No hay duda, es nuestra luna —afirmó Lake—. Esos cráteres, esos accidentes orográficos de su superficie me son demasiado familiares, como para equivocarme, pese a no ser un experto en selenografía. Pero, ¿por qué diablos no lo mencionaban los habitantes de ese planeta?

Ninguno de los presentes tuvo ocasión de intervenir. Spalley apareció de pronto, con una pistola en la mano.

—Amigos —dijo—, es la hora de emprender el regreso a la Tierra.

* * *

Lake se volvió tranquilamente hacia el hampón.

—Es lo mismo que pensábamos hacer nosotros —declaró—. De modo que ya puede guardar la pistola...

—Por ahora, no. Quiero que sigan aquí durante unos minutos.

—No acabo de entender lo que se propone. Si desea volver a la Tierra, deje que vaya a la cámara de mando con el profesor. El, más que ninguno de nosotros, conoce el manejo de la nave —alegó Lake.

Spalley sonrió aviesamente.

—Mire, amigo, resulta que mis colegas y yo estamos más que hartos de nuestro jefe. El es el que tiene que responder de sus cosas ante la justicia, no nosotros. En un principio, pensábamos que se trataría de una excursión que no duraría demasiado tiempo, pero ahora hemos visto que se han complicado las cosas. Todo resultaría diferente si estuviésemos en algún lugar agradable; una playa, palmeras, un río... pero estamos en un horrible desierto y no nos gusta seguir aquí. Por eso vamos a volver inmediatamente.

—Muy bien. Sus deseos y los nuestros coinciden en absoluto. Pero ¿por qué no nos deja ir a la cabina de mando, Tuck?

—Porque mi amigo Mike Dawson está ya en ella. El se encargará de programar el viaje de vuelta.

Thooker se puso en pie vivamente.

— ¡Por el amor de Dios, ese imbécil va a provocar una catástrofe! —gritó.

— ¿Peor que la que causó usted? —rió Spalley—. No teman, Mike ha estudiado mucho rato los instrumentos de la cámara de mando. No es tan difícil, por otra parte. Unos botoncitos por aquí, dos teclas por allá...

Lake se tapó la cara con las manos.

— ¿Qué va a suceder ahora? —gimió.

La nave sufrió de pronto una leve sacudida.

—Bien, ya hemos despegado —dijo Spalley complacidamente—. Ahora ya pueden moverse por el interior de la nave con entera libertad.

—Voy a examinar la consola de mandos... —dijo Thooker, pero la pistola del sujeto le apuntó directamente al pecho.

—Profesor, ése es precisamente el único sitio al que no puede ir.

Sobrevino un momento de intenso silencio. Luego, lentamente, Lake se puso en pie y caminó hacia la lucerna más próxima.

Un escalofrío recorrió su espalda. La Tierra del siglo 3.650 había desaparecido ya.

En su lugar, sólo se veía el espacio, constelado de miríadas de estrellas, gran número de las cuales se alejaban y desaparecían con espantosa rapidez.

—Queremos volverla la Tierra cuanto antes, así que Mike dijo que daría la máxima velocidad a este cacharro —dijo Spalley plácidamente.

Lake no volvió la cabeza siquiera. Ahora no eran parte, sino todas las estrellas la que se alejaban, como si una mano invisible, gigantesca, las hubiese arrojada a un pozo de insondable profundidad.

De súbito, todas las estrellas desaparecieron y sólo quedó a la vista una masa gris, de color absolutamente uniforme.

* * *

—Brian, ¿qué crees tú que puede ocurrir cuando llegue el momento del aterrizaje? ¿No nos habremos desdoblado ya? ¿No llegaremos a la Tierra convertidos en unos seres incorpóreos? —preguntó Sonia, varios días más tarde, sumamente angustiada por la crítica situación en que se hallaban.

Lake se pasó una mano por la frente.

—Ya no sé ni qué pensar —contestó—. Esos forajidos se han apoderado de la nave y ahora vigilan constantemente. Ni siquiera he podido echar mano de mi pistola telepática; registraron mi equipaje y la destrozaron a taconazos. Pero que va a ocurrir una catástrofe…

Ella se le abrazó de repente, pegando su cuerpo estrechamente al del joven.

—Tengo miedo, Brian —murmuró.

Lake rodeó con sus brazos el esbelto cuerpo juvenil de Sonia.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo—. He estado pensando mucho y creo que los mundos en que estuvo Herb no eran sino Tierras paralelas, que coexisten con la nuestra, en el mismo sistema solar y en la misma órbita, pero en dimensiones distintas, por lo que no podemos verías, del mismo modo que sus habitantes no pueden vernos a nosotros. Ahora bien, en alguna parte, hay una especie de punto de ruptura o de dislocación, como quieras llamarlo, que fue lo que provocó el desdoblamiento de una nave y de su único ocupante… y más tarde nuestro desdoblamiento también. El enigma estriba ahora en saber cómo aparecimos muertos primero y cómo desaparecieron luego nuestros cadáveres…

La puerta de la cámara se abrió de pronto. Thooker se paró en seco al ver a Lake y Sonia estrechamente abrazados.

—Vaya —dijo—, ahora comprendo por qué no quieres casarte conmigo. Al parecer, él resulta mucho más interesante que yo.

Sonia no deshizo el abrazo. Volvió la cabeza un poco y dijo:

—Interesante o no, es muy distinto a ti y me ha hecho cambiar por completo. Lo siento, Herb; creo que no hemos nacido el uno para el otro.

—Bien, si ése es tu punto de vista… Lo único que quería decirles es que Coolish me ha anunciado que ya ha dado comienzo el período de deceleración.

— ¿Le han dejado entrar en la cámara de mando? —preguntó Lake.

—No. Lo he intentado unas cuantas veces, pero siempre me he encontrado con una pistola al pecho.

—Acabaremos estrellándonos —dijo Sonia lúgubremente.

—Lo veo difícil, porque la nave tiene un control automático de aproximación, que actúa sin necesidad de intervención del piloto —declaró Thooker—. Naturalmente, siempre que esa aproximación se produzca dentro de unos límites razonables de velocidad, inferiores a la de la luz.

—Sí, hemos tenido ocasión de experimentarlo. Gracias, profesor.

—Sólo es de desear que el bruto que gobierna ahora nuestra nave sepa decelerar en la forma adecuada. De lo contrario…

— ¿Qué puede pasar, Herb?

Thooker elevó los ojos al cielo.

—No hay respuesta —contestó lúgubremente.

Gea apareció en aquel momento.

—Herb, ven conmigo —llamó.

—Sí, ahora mismo.

Thooker se marchó. Lake y Sonia volvieron a quedarse solos.

—Si un día vuelvo a la Tierra, a nuestra tierra, la del siglo XXII, ten por seguro que el único vehículo que utilizare será la anticuada pero segura bicicleta.

Sonia no pudo menos que sonreír al escuchar aquellas palabras. Pero, de pronto, volvió a sentirse acometida por el pesimismo y se apretó con fuerza contra el pecho del joven.

CAPÍTULO X

De súbito, Dawson lanzó un fenomenal aullido:

— ¡La Tierra! ¡Ya está a la vista!

Los gritos del improvisado piloto resonaron por toda la nave. Incluso Malloy abandonó su cámara, en la que había permanecido voluntariamente encerrado, después de ser apaleado por sus secuaces.

Cuando descendía a la planta inferior, se cruzó con Coolish.

—Un día ajustaremos las cuentas —dijo rencorosamente.

Coolish le dirigió una mirada de desprecio.

—Cuando ponga el pie en el suelo, ya no será nadie. Y si sigue en ese plan, puede que le convirtamos en pasta —replicó.

Kathryn pasó corriendo por su lado.

—Dispensa, Ruffie —murmuró.

—Eh, párate...

—Vete al diablo.

Malloy empezó a sentirse muy infeliz. Pero el odio y el rencor empezaron a alcanzar límites intolerables en su ánimo. En cuanto pudiera, liquidaría a aquellos bastardos, que ya no le hacían el menor caso. Sólo necesitaba un arma. . y ya procuraría conseguirla.

La nave se acercó velozmente al planeta azulado que se veía con toda claridad. Lake, contemplando el panorama a través de una de las lucernas, deseó que los mecanismos automáticos de freno actuaran con la eficacia necesaria.

Sonia se acercó a él. Lake pasó una mano por su cintura.

— ¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Esperanzada —respondió ella.

—Al menos, Dawson ha sabido hacerlo bien —sonrió Lake—. Pero no debemos descuidarnos —añadió

— ¿Por qué, Brian?

—No lo sé... Esos tipos no son de fiar. Han chocado con su jefe y quizá el conflicto nos alcance a nosotros. Procuraré estar prevenido.

— ¿Tienes algún plan?

—En cierto modo, pero necesito que la nave haya tomado tierra. Hasta entonces, no podremos hacer nada.

La esfera se aproximó velozmente al planeta. Pronto notaron los efectos de la fricción atmosférica, pero el mecanismo de freno actuó a la perfección. Lake adquirió la seguridad de que no habría problemas en el aterrizaje.

Atravesaron una densa capa de nubes y vieron el suelo, cubierto de un verdor exuberante.

—Debemos de hallarnos en una selva tropical —dijo él—. Si esto es así, habrá que preguntar a Thooker por las facilidades de esta nave para desplazamiento subatmosféricos. Entonces, bastaría, dirigirse hacia el Norte, para llegar a algún país civilizado.

Minutos más tarde, el tren de aterrizaje tocaba el suelo herboso de un gran claro.

— ¡Soy un as! —gritó Dawson, exultante de alegría—. ¡Lo he conseguido! ¡Hemos llegado a la Tierra, muchachos!

Lake corrió a la puerta de la cámara y abrió con precaución. Las voces de los hampones se alejaban hacia la planta en donde se hallaba la escotilla de salida.

Un grito llegó desde las profundidades de la nave:

— ¡Chicos, ya estamos en casa!

Entonces, Lake terminó de abrir la puerta y se dirigió a la cubierta inferior.

* * *

El aire era denso, húmedo, sofocante. Spalley miró desconcertado a su alrededor.

—Esto no parece precisamente Hyde Park —graznó.

Thooker salió en aquel momento, con una cámara en la mano.

—Con permiso, amigos —dijo—. Voy a tomar unas vistas del paisaje.

— ¡Aguarda. Herb; yo iré contigo! —exclamó Gea. —Encantado, preciosa.

Lake y Sonia pusieron el pie en el suelo, seguidos de Kathryn. Coolish quedó en el umbral de la escotilla.

—Cuando regrese Thooker, le diremos que nos lleve al norte —murmuró Lake.

Con ojos recelosos, miraba las pistolas que los hampones no soltaban en ningún momento. Tanto Spalley como Dawson vigilaban constantemente, por lo que era muy difícil sorprenderles. Y lo que menos sentía Lake era deseos de recibir una descarga que podía convertir su cuerpo en un montón de pasta sanguinolenta en pocos segundos.

Thooker y Gea se perdieron en la espesura cercana Lake notó con cierta inquietud la exagerada elevación de algunos de los árboles. La hierba, asimismo, alcanzaba en algunos puntos alturas de tres y cuatro metros. También pudo ver helechos de un tamaño desusado, lo cual, sin saber exactamente por qué, le produjo un sentimiento de aprensión, del que le resultaba imposible desprenderse.

De repente, oyeron un ruido a sus espaldas. Un cuerpo humano rodó violentamente por los peldaños de la escalera.

— ¡Adiós, imbéciles! —gritó Malloy.

Spalley y Dawson se volvieron en el acto. El segundo echó a correr hacia la escalera, ya se elevaba para permitir el cierre de la escotilla.

— ¡Quieto, maldito! —aulló el sujeto, a la vez que alargaba la mano armada.

Del interior de la nave partió una línea de luz blancorrojiza, que alcanzó de lleno a Dawson. En el mismo instante, Lake agarró a Sonia por la cintura y se lanzó con ella al suelo.

Un sonido inhumano brotó de la garganta del hampón, cuyo cuerpo se convulsionó terriblemente. Segundos después, aquel ser humano empezó a perder sus rasgos fisonómicos.

Toda la superficie del cuerpo enrojeció vivísimamente. Luego, con espeluznante lentitud, Dawson se desmoronó, convertido en una masa informe, de color rojo, que acabó por desparramarse sobre la hierba.

Cuando todos los presentes reaccionaron, la escotilla de la "Infinito" ya estaba cerrada.

* * *

Spalley fue el primero en reaccionar. — ¡Ese maldito se va a marchar, abandonándonos aquí! —aulló.

Apuntó con la pistola hacia la nave, pero no llegó a disparar.

—No conseguirá nada —dijo Lake con voz calmosa—. Esos proyectiles sólo sirven para sustancias orgánicas. Haría más daño a la nave con una simple piedra, créame.

Spalley le dirigió una mirada extraviada. —Vamos a quedarnos aquí...

—Bueno, a fin de cuentas, estamos en una selva tropical —intervino la pelirroja—. Tarde o temprano, acabaremos por encontrar un poblado y alguien nos llevará a lugar civilizado.

Lake se había puesto ya en pie y caminaba hacia la pistola que Dawson no había tenido tiempo de reaccionar.

—Déjela, no la toque —prohibió Spalley secamente.

—Tuck, quiero que sepa una cosa. Malloy no podrá hacer despegar la nave. Puede que se ponga furioso y empiece a golpes con la consola de mando, pero si tiene un poco de sentido común, no lo hará, porque sabe que en tal caso tendría que quedarse aquí, con nosotros.

—Ahora él puede hacer que despegue... Lake sonrió.

—No se preocupe: la nave no alzará un palmo del suelo —aseguró. Sacó un objeto y lo hizo saltar en la palma de la mano—. El interruptor general —añadió.

La boca de Kathryn se convirtió en una O.

—Eres listo, Brian —dije,

—No, sólo precavido. Cuando todo el mundo corría hacia la salida, yo fui a la cámara de mando y quité el interruptor general. Sin este aparatito, la nave es sólo un pedazo de metal.

—Duffie se va a reír mucho cuando lo sepa —rió la pelirroja—. Bueno, voy a atender a ese idiota de Coolish. Me parece que tiene sólo un golpe en la cabeza... aunque la lástima es que su pistola ha quedado en poder de Malloy…

Lake se inclinó y recogió la pistola de Dawson. Estaba parcialmente manchada de sangre y la limpió con un puñado de hierba.

—Tuck, ahora más que nunca nos conviene ser aliados —dijo—. Usted afirma que no tiene cuentas pendientes con la justicia...

—Por lo menos, no tan voluminosas como las de Malloy —rezongó el aludido.

—Bien, en tal caso, le conviene ponerse de nuestro .lado, insisto.

—Pero no podemos entrar en la nave...

—Esperemos a que vengan Gea y el profesor.

Sonia contuvo el aliento al oír aquellas palabras. De pronto, comprendió, las intenciones de Lake.

—Brian, ¿no te parece que deberíamos aguardar a que la noche estuviese bien entrada? Tal vez Malloy se canse de vigilar y se duerma —dijo.

—Por supuesto, eso es exactamente lo que pensaba hacer — sonrió el joven.

De repente, se oyeron unos agudos gritos de pánico. Casi en el mismo instante, se oyó un extraño trompeteo, de roncos sones.

Thooker y Gea aparecieron en el claro, corriendo enloquecidos. Lake pudo apreciar que estaban poseídos por un miedo insuperable.

— ¡Brian! —gritó Gea—. No estamos en una selva tropical. Esto no es...

El trompeteo **sq** repitió. Crujieron algunos arbustos. Un árbol resultó tronchado con enorme estrépito.

Entonces, aturdido, Lake vio a la enorme bestia que se movía hacia ellos con aparente lentitud pero que, sin embargo, era una velocidad superior a la de un caballo al galope.

— ¡Dios mío! —exclamó—. Hemos venido a parar a la Prehistoria.

* * *

¿Era un mastodonte? ¿Un iguanodón? ¿Un triceratops? ¿Un plesiosaurio? ¿Un tiranosaurio, el más feroz e implacable de los grandes monstruos prehistóricos?

Aquel enorme animal no medía menos de veinte metros de largo por cuatro o cinco de altura y sus trompetees poseían ahora un volumen sonoro que aturdía y martirizaba los tímpanos. La bestia parecía enfurecida, seguramente por algún motivo fútil, pero Lake sabía que la causa más leve podía enloquecer a un animal de cuerpo gigantesco y cerebro probablemente menor que el suyo.

— ¡Dispare, Tuck, dispare! —gritó—. Apunte a la boca; es el punto más vulnerable.

Apretó el gatillo. Quizá la descarga no disgregase por completo el cuerpo que pesaba varias decenas de toneladas, pero si los daños alcanzaban al cerebro, habrían conjurado el peligro.

Las dos pistolas emitieron unos débiles chasquidos. Dos dardos de luz alcanzaron de lleno la cabeza del monstruo.

—Otra vez —dijo Lake.

El enorme animal se detuvo de pronto, tras la segunda salva. Sus patas se doblaron y el cuello se inclinó lentamente hacia el suelo.

Poco a poco, la cabeza y el cuello se convirtieron en una horrible pasta. Pero la disgregación se detuvo al llegar a los omóplatos. Lake sudaba a chorros.

—Y Dawson aseguraba que nos había traído a nuestra época —dijo—. El muy bestia nos transportó a ciento cincuenta millones de años atrás, aproximadamente.

Sonia se oprimió la cara con las manos.

—La Era Mesozoica —musitó.

—Sí, la era de los grandes saurios. De los reptiles voladores...

Los dientes de Gea entrechocaban ruidosamente. —E... estaba dormido... y le despertamos, porque no lo habíamos visto... Se... se enfureció... Thooker parecía más calmado.

—Al menos, pude tomar algunas vistas —dijo, complacido.

—Sí, pero habrá otros saurios gigantes en las inmediaciones., y quién sabe Dios qué clase de bestias que no hemos llegado a conocer. Sonia, procura calmar a Gea. La necesitamos.

— ¿Ahora, Brian?

—En estas circunstancias, no podemos esperar a que Malloy se duerma.

En aquel momento, se oyó la voz del aludido, que sonaba sarcástica a quince metros del suelo:

— ¡Lo he visto todo! Ha sido un espectáculo maravilloso, créanme. Bien, como yo voy a marcharme, ahí les dejo... ¡Buena suerte, amigos!

Después se oyó una risa demencial.

CAPÍTULO XI

Algunas de las lucernas podían abrirse desde el interior. Malloy estaba asomado a una de ellas, con medio cuerpo fuera, riendo como un poseso.

Spalley alzó su pistola, pero Luke contuvo su gesto rápidamente.

—Esta clase de armas no tienen demasiados proyectiles —dijo—. Guárdelos para otros animales de mayor tamaño.

Kathryn vino en aquel momento.

—Tengo los pelos de punta —declaró—. ¿De dónde ha salido ese animal de película?

—Ahora estamos a muchos millones de años de nuestra época —contestó Lake sombríamente—. No sé cómo diablos lo hizo Dawson, y ya no importa demasiado, pero el caso es que nuestro interés primordial estriba en volver a la nave.

Malloy había cerrado de nuevo la lucerna.

—Empezará a ponerse furioso cuando vea que la nave no puede despegar —continuó el joven—. Lo mejor será situarnos bajo ella, con lo que evitaremos sus disparos. Kathryn, ¿cómo está Dave?

—Mejor, recobrándose rápidamente.

—Muy bien, vamos a necesitarle en seguida. Gea, ¿recuerdas lo que hiciste en un prado en cierta ocasión?

—Perfectamente —sonrió la aludida, ya rehecha del susto recibido—. La combinación está grabada en mi mente como en una plancha de acero.

— ¿A qué se refiere esta chica? —preguntó Spalley, desconcertado.

—No se preocupe, lo sabrá muy pronto. Kathryn, procure ayudar a Dave. Dese prisa, por favor. Los demás, vengan conmigo.

Momentos después, estaban situados justo en la vertical del punto más bajo de la esfera. Lake alzó la vista y estudió críticamente el brillante metal que se alzaba sobre su cabeza.

—Somos cuatro hombres —dijo—. Tres, con los brazos entrelazados, formarán la base del castillo humano que es preciso montar. Otro trepará sobre ellos y Gea formará la cúspide. Si dispusiéramos de más tiempo, cortaríamos ramas y construiríamos una escala, pero no podemos entretenernos tanto, aparte de que tampoco disponemos de herramientas cortantes.

Kathryn y Coolish llegaron en aquel momento, El hombre se quejaba del golpe recibido.

—Ese bastardo... me sorprendió...

—Deje de quejarse y piense en que ha de unirse a nosotros, para salvar su vida —cortó Lake ásperamente—, ¿Cuál de nosotros debe ir en el segundo escalón?

—Me gustaría que fueses tú —dijo Gea—, No es por nada, pero me sentiría más segura.

— ¿Algún inconveniente? —consultó Lake.

No hubo respuesta. El joven añadió:

—Los cuatro hombres estaremos ocupados y también Gea, por supuesto. Por tanto, Sonia y Kathryn tomarán las pistolas y estarán dispuestas en todo momento para rechazar cualquier ataque de alguna bestia prehistórica. ¿Entendido?

Las respuestas fueron afirmativas. Thooker, Spalley y Coolish se reunieren, asentando firmemente los pies en el suelo, a la vez que enlazaban sus brazos sobre los hombros.

Lake se dispuse a trepar sobre aquella base humana. De repente, se oyó un agudo trompeteo.

—Otro monstruo —gritó Sonia.

—Cuidado —exclamó Lake, a la vez qué recuperaba la pistola que ya había entregado a Sonia.

Spalley se puso a su lado.

—Cuando vuelva a la Tierra, si es que vuelvo, tendré el pelo blanco y me temblará la voz al hablar —dijo lúgubremente.

El trompeteo se repitió, pero multiplicado y de tonos más agudos que el emitido por la bestia muerta. Súbitamente, crujieron unos ramajes y un animal gigantesco, con trompa, largos pelos y colmillos curvados casi en circunferencia, apareció a la vista de los presentes.

— ¡Un mamut! —dijo Sonia, atónita—. ¡No es posible! Este animal no fue contemporáneo de los dinosaurios; perteneció a una época posterior: la Cenozoica…

—Silencio, no le provoquen —aconsejó Lake— No viene solo…

En animal prehistórico continuó andando, seguido por una docena de ejemplares de la misma especie, algunos de ellos, evidentemente, de muy poca edad.

—Se trata de una manada y el primero de ellos, el guía, es el macho jefe. Por supuesto, son herbívoros, pero no creo que nos ataquen, a menos que hagamos algo que los irriten. Guarden silencio y déjenlos pasar.

Los paquidermos se detuvieron un instante, junto al cadáver del monstruo, olfateándolo con sus largas trompas. Luego continuaron su camino, trompeteando de cuando en cuando, ignorando por completo a los seres humanos que se hallaban congregados bajo la astronave, a menos de cien pasos de distancia.

—Ese, millón de años más, millón menos, ¡qué importancia tiene! Para nosotros, como un par de días —dijo Gea de buen humor

—. Puede que en dinero no, pero en tiempo somos riquísimos y podemos permitirnos el lujo de desperdiciar un par de millones de años.

Lake contuvo una sonrisa. En medio de todo, era de agradecer el buen humor de la joven.

—Bien, vamos ya…

La voz de Malloy sonó arriba repentinamente.

— ¿Qué les ha parecido el espectáculo, amiguitos? Sé que están ahí abajo, refugiados, pero eso les durará muy poco. Yo me iré en seguida y ustedes se quedarán aquí, como Robinsones. ¡Adiós, estúpidos!

—Con tal de que no cometa una barbaridad en la consola de mandos, cuando se dé cuenta de que no puede despegar —dijo Sonia, muy preocupada.

—Siempre podríamos reparar los desperfectos —aseguró Lake—, Bien, vamos a empezar de nuevo.

Por segunda vez, volvieron a reunirse Thooker y los dos gorilas. Lake se situó encima y luego Gea, aunque con algunas dificultades, logró colocarse en pie sobre sus hombros.

— ¿Llegas? —preguntó el joven.

—Perfectamente.

Lake aguantó la respiración. Sonia y Kathryn, ambas a los lados de la pequeña torre, humana, vigilaban atentamente los alrededores.

De repente, se oyó un chasquido.

—Ya está —dijo Gea.

Lake procuró que la joven se apeara rápidamente. En cuanto se libró de su peso, saltó al suelo y agarró la pistola que le tendía Sonia.

—Cuidado —aconsejó ella.

Lake corrió hacia la escalera, seguido de Spalley. El joven hizo un gesto con la mano.

—No se sitúe enfrente —aconsejó.

En el interior de la nave, reinaba un silencio absoluto. Lake inició el ascenso por la escalera, gateando sin hacer el menor ruido. Al llegar al último escalón, alzó la cabeza.

En la cámara de entrada no había nadie ni tampoco se divisaba el menor rastro de Spalley en la planta superior. De pronto, Lake se lanzó velozmente al interior de la nave y quedó al pie de la escalera, agazapado, con el arma a punto.

El silencio continuaba. Los que estaban fuera contenían la respiración. Sonia se preguntó si Malloy se habría dado cuenta de que la escotilla estaba abierta.

Al cabo de unos segundos, Lake reanudó la ascensión. En la plataforma central tampoco se veía a Malloy. La puerta de la cámara de mando estaba abierta de par en par.

Sobre el sillón del piloto había algo que llamó extraordinariamente su atención. Lake se acercó y contempló pensativamente el mono vacío que había en aquel lugar.

Estuvo así unos instantes. Luego salió de la cámara y se asomó al hueco de la escalera:

— ¡Pueden entrar ya; no hay peligro! —gritó.

Afuera sonaron algunos gritos de alegría. Sonia fue de los primeros en llegar.

— ¿Dónde está Malloy? —preguntó, asombrada, al ver a Lake solo en la cámara de mando.

Como el resto, había esperado ver a Lake amenazando a su prisionero. Pero no había el menor rastro de Malloy.

—Eso es todo lo que queda —respondió Lake.

Sonia contuvo un grito al ver el mono que, al igual que todos, había usado Malloy, procedente del almacén de pertrechos de la nave. La postura de la prenda era harto significativa.

— ¡Ha muerto!

Lake asintió.

—Ignoro cómo sucedió, pero es así. Todos nos vimos muertos una vez, pero a Malloy le sucedió de nuevo... y ahora no es ya ni

polvo.

Gea cerró los ojos.

— ¿Puede pasarnos lo mismo? —preguntó, temblando de pánico.

—No lo sé —respondió Lake—. Lo único que puedo decir es que debemos intentar la vuelta a nuestra época. Por supuesto, debemos tomar el máximo de precauciones, eso sí; pero por nada del mundo me quedaría aquí, a tantos millones de años en el pasado.

—Estoy de acuerde contigo, Brian —dijo Sonia, resuelta.

Lake agarró el mono y lo tiró a un lado.

—Kathryn, será mejor que prepare café para todos —indicó—. Profesor, usted es abstemio y yo le felicito, pero, créame, ahora mismo daría algo bueno por un trago.

Sacó el interruptor general y lo colocó en su sitio. Presionó una tecla, vio que se encendían algunas lámparas y luego cerró la escotilla.

—Siéntese a mi lado, Herb —pidió—. Voy a necesitar su ayuda.

—Sí, desde luego.

Sonia contenía la respiración. Después de observar el tablero de instrumentos durante unos segundos Lake dijo:

—Propongo un despegue de aceleración gradual. No quiera elevarme súbitamente, como si me persiguiese el demonio. ¿Lo ha comprendido, Herb?

—Si, es una buena idea. De todas formas, luego tendremos que acelerar mucho para conseguir volver a nuestra época.

—Para mí, el peligro de esta nave se halla en la rapidez excesiva, cuando se adquiere de golpe. Haga lo que le digo, Herb, y todo saldrá bien.

Thooker asintió y empezó a manipular los controles. Un minuto más tarde, el suelo empezó a perderse de vista.

— ¡Despegamos! —gritó Spalley.

La nave incrementó su velocidad gradualmente. Poco más tarde,

vieron la bola que era la Tierra alejarse en el espacio. Era un maravilloso espectáculo, pero Lake prefería vigilar los instrumentos.

Había algo que no acababa de comprender. Una nave construida para viajar a las estrellas, a velocidades enormemente superiores a la de la luz y resultaba una máquina de tiempo.

¿Había alguna distorsión espaciotemporal que provocaba aquellas alteraciones?

Una cosa parecía segura: al rebasar la velocidad de la luz, habían violado alguna ley desconocida y ello había provocado los extraños fenómenos de que habían sido protagonistas.

Thooker tenía la vista fija en los indicadores. Mucho rato más tarde, se puso en pie.

—El incremento de la velocidad es uniformemente acelerado, hasta llegar a noventa y ocho veces la velocidad de la luz —declaró—. Como puede ver, las cifras de los años del calendario decrecen cada vez más rápidamente. La nave aterrizará por sí sola, cuando estemos en las inmediaciones de nuestra época.

—Profesor, ¿no habrá más complicaciones?

—No, lo garantizo —respondió Thooker firmemente.

Sonia se sentó al lado del joven.

—Te veo muy pensativo —observó.

—Tengo motivos para ello. Hay cosas que todavía no acabo de comprender. No sé, pero hay algo que falla en esta maquinaria.

— ¿No se te ocurre ninguna idea?

Lake hizo un movimiento con la cabeza.

—Lo siento. Una cosa es segura: los supuestos planetas en que estuvo Thooker no eran sino la Tierra en distintas épocas. Nosotros alcanzamos la época de desolación, a treinta y seis mil años de distancia de nuestra. Pero él, aunque hubiese estado, por ejemplo, a ocho mil, a quince mil y a veintidós mil años de distancia, en el futuro, tendría que haber encontrado a la fuerza civilizaciones muy distintas. De la época de los Faraones a la nuestra hay seis mil años y ya ves qué diferentes son las dos culturas. ¿Cómo no serlo cuando la

diferencia es de ocho mil, diez mil o más años?

—Es cierto —convino la joven, en el momento en que Kathryn aparecía con una bandeja en las manos—. Pero ¿qué ha motivado, en todo caso, que una astronave destinada a viajar a las estrellas se haya convertido en una asombrosa máquina del tiempo?

Lake tomó una de las tazas de café y agradeció el gesto a la pelirroja

—Quizá… —murmuró. Tomó un sorbo de café y continuó—. Quizá pueda decir algo cuando estemos a punto de llegar a nuestra época. Hasta entonces, todas las conjeturas resultan inútiles.

—Una pregunta, Brian —dijo Sonia—. Suponiendo que llegues a conocer la causa de estas perturbaciones., ¿afectará algo a nuestro futuro?

— ¿Privado o general? —dijo él de buen humor.

—El de todos… y el de nosotros dos.

—Si llegamos con bien a la Tierra, las explicaciones podrán satisfacer nuestra curiosidad, pero me habrán curado de la afición de viajar por el espacio para el resto de mis días.

Kathryn estaba al lado de la pareja y sonrió.

—Brian, no sé cuando te he oído hablar algo acerca de una bicicleta como medio de transporte, pero ten en cuenta que, a partir de ahora, ése va a ser mi vehículo preferido.

CAPITULO XII

Sentado ante la mesa del salón, Lake hacía cálculos sobre una cuartilla de papel. Sonia le miraba inquieta, ya que hacía algunas horas que el joven se había abstraído en aquella labor y temía que los resultados de los cálculos acabasen en noticias desfavorables.

De repente, Lake alzó la cabeza y sonrió.

—Ya lo tengo —dijo.

Los ojos de Sonia brillaron.

— ¿Has encontrado el fallo?

—En efecto. Ese fallo estriba, sustancialmente en que, a pesar de todo lo que pueda parecer, apenas nos hemos distanciado de la Tierra algunos miles de kilómetros.

— ¿Cómo puede ser? —se asombró la joven—. Todos la vimos desaparecer..., y si hubiera ocurrido como tú dices, la habríamos estado viendo en todo momento.

—Por supuesto, de haber orbitado en el espacio a la misma velocidad que la que emplea la Tierra en su viaje alrededor del Sol. Esa velocidad es de unos treinta kilómetros por segundo, en tanto que nosotros hemos llegado, en ocasiones, a los treinta millones y aún más, cuando Dawson tomó los mandos. Imagínate tu propia casa, vista desde el aire, a unos quinientos metros de altura. Si pasas a gran velocidad, ni la verás siquiera, ¿no es cierto?

—Aún así, sigo sin comprender, Brian.

—Además de hacer cálculos, he estado revisando diversas partes de la maquinaria de la nave. Hay un generador que falla desde el primer momento. La nave puede adquirir una velocidad espantosa, pero no romper definitivamente con la gravedad del planeta. Cuando tú veías a la Tierra que se alejaba, no es que viajases en dirección a las estrellas, sino que, simplemente, te alejabas en el mismo sentido de su órbita. O en el opuesto, como nos sucedió cuando Dawson quiso convertirse en piloto.

Sonia se sentía atónita.

—Creo que ahora ya... entiendo...

—Así es. Nosotros hemos viajado en una segunda Tierra, mucho más pequeña, naturalmente, que seguía la misma órbita. Después del despegue, al completar la primera órbita en torno al sol, viajábamos ya a mayor velocidad que la luz; por eso no veíamos a la Tierra, a pesar de que pasábamos escasamente a dos mil kilómetros de distancia. Ahora bien, si nuestra órbita se realizaba en el mismo sentido, pero a mayor velocidad, resulta lógico que avanzásemos en el tiempo, puesto que esta dimensión, aunque parezca paradójico, resultaba invariable. Nuestros días, para que lo comprendas, duraban segundos, décimas de segundos, tal vez.!, y cuando viajábamos en sentido inverso, marchábamos, por decirlo así, "contra" el tiempo. Pero el fallo de origen de ese generador, impidió que nos separásemos más de dos mil kilómetros de la línea imaginaria de la órbita terrestre, con lo que, en realidad, viajábamos por el espacio como una segunda Tierra.

—Ahora sí lo entiendo, aunque me parece que jamás comprenderé por qué se desdobló Herb y nosotros y vimos nuestros cadáveres...

—Es muy probable que haya un límite en la velocidad superior a la de la luz. Es decir, algo sucede cuando se rebasan los treinta millones de kilómetros al segundo. Quizá algún día, con una nave más perfeccionada que ésta y, por descontado, con los generadores en perfectas condiciones, se pueda viajar a las estrellas, sin desdoblamientos ni traslados a otra dimensión. Pero puedes estar segura de que yo no volveré a intentar una nueva aventura de este género.

—En eso estoy de acuerdo contigo —sonrió a la joven—. Y según lo que tú has dicho, ahora tratamos de "alcanzar" a la Tierra.

—En nuestra época. Lo cual se producirá, si mis cálculos no me engañan... Algo interrumpió a Lake.

Era una voz sarcástica, llena de matices burlones. Lake se puso rígido, mientras Sonia palidecía. Aquella voz era la de un hombre a quien creían ya muerto.

* * *

—Bien, amigos —dijo Malloy—, vayan entrando ahí. Así, todos, como borregos... Tú también, asquerosa zorra...

Se oyó un golpe, seguido de un agudo grito de dolor. Kathryn entró trastabillando en el salón, mientras se frotaba la cadera, en la que Malloy había aplicado su pie violentamente.

Thooker, Gea y los demás, todos con las manos en alto, entraron también. Spalley dirigió una mirada de disculpa a Lake:

—Lo siento. Me sorprendió... ¿Cómo iba a suponer que estaba vivo? —dijo.

—No se preocupe; la sorpresa es para todos —contestó el joven, a la vez que se ponía en pie—. Malloy, su truco de dejar el mono vacío en la cámara de mando resultó muy ingenioso. Nos engañó a todos —agregó.

El hampón lanzó una atroz carcajada.

— ¿Verdad que sí? Aunque usted también fue muy listo, cuando se llevó aquel cacharrito que me impidió despegar. En esta nave hay sitios de sobra para esconderse sin ser visto. Sólo hace falta tener un poco de paciencia... y aparecer en el momento oportuno.

—Bien, ya ha aparecido —dijo Lake—. ¿Qué piensa hacer ahora con nosotros?

Malloy demoró la respuesta unos segundos, como si quisiera disfrutar con el temor y la ansiedad de cuantos componían su auditorio.

—Verá, me voy a quedar solamente con una pareja, hombre y mujer, por supuesto. El hombre será un experto, naturalmente. En cuanto a la mujer, bien, uno no es de piedra y.

— ¡Conmigo no cuentes, Duffie! —gritó Kathryn.

—No, preciosa, no cuento contigo.

De repente, la pistola apuntó hacia la pelirroja. Kathryn empezó a chillar, pero su grito se apagó casi instantáneamente. Sonia se tapó la cara con las manos, para no contemplar el horrible espectáculo que era una hermosa joven convirtiéndose en un montón de repugnante

pasta roja.

Lake sintió deseos de lanzarse hacia el asesino, pero se contuvo. Debía esperar la ocasión propicia, se dijo.

—Kathryn no es la mujer que necesito —añadió Malloy fríamente—. Por si no lo han adivinado, les diré que el hombre, lógicamente, no puede ser otro que el constructor de la nave. En cuanto a la mujer..., usted me gusta mucho, señorita Still. Usted será mi pareja, en tanto dure mi estancia en la nave.

— ¡Ni lo sueñe, asqueroso individuo! —contestó la joven con gran vehemencia—. ¿Crees que voy a tolerar que me ponga las manos encima?

—Ya te domaré, preciosa —rió Malloy—. En cuanto a los demás, como se pueden imaginar, no son más que estorbo. Aparte de que podrían perjudicarme, si les dejase con vida, consumirían unas provisiones que necesitaremos los tres que hemos de permanecer a bordo, hasta que yo decida a! regreso.

—Lo cual significa que, apenas toque tierra la nave, usted asesinará al profesor y a la señorita Still —dijo Lake.

—No diga tonterías...

—Digo lo que cualquier hombre puede suponerse. Usted no puede permitir que sigan viviendo dos testigos de una matanza. Sonia, Herb, ya saben los dos la suerte que les aguarda, dentro de..., ¿cuánto tiempo, Malloy?

Los ojos del sujeto chispearon de ira, a la vez que su pistola apuntaba directamente al pecho de Lake.

—No tiene necesidad de saberlo —contestó.

Lake advirtió la contracción del índice de Malloy y se agachó fulgurantemente. El proyectil rozó su espalda y se estrelló contra el mamparo que tenía detrás.

Con el mismo movimiento, se lanzó con todas sus fuerzas contra el asesino. Su cabeza golpeó el pecho de Malloy, haciéndole caer de espaldas.

Malloy perdió la pistola en la caída. Juraba horriblemente y forcejeaba como un demente. Lake quedó a horcajadas sobre su

cuerpo, pero cuando ya se disponía a golpearle en la mandíbula, vio que Malloy recuperaba la pistola nuevamente.

Entonces, con la mano izquierda, asió la muñeca de su adversario y la retorció violentamente. El arma se disparó contra la mejilla derecha de su dueño.

Lake se puso en pie de un salto y retrocedió vivamente. Morbosamente fascinado, contempló el proceso de disgregación del cuerpo de Malloy.

—Quiso evitar cinco años de cárcel y lo único que ha conseguido es perder treinta o cuarenta años más de vida —dijo.

* * *

La nave se posó al fin en el suelo. Lake, complacido, observó que el aparato proyectaba su sombra sobre el prado.

—No estamos en otra dimensión —dijo, muy aliviado.

Aquél era un enigma que tal vez un día podría resolver. Por el momento, sin embargo, no tenía la menor prisa.

Spalley y Coolish se despidieron de los restantes pasajeros de la nave.

—Buscaré un empleo más tranquilo —dijo el primero.

—Si algún día nos necesita, llámenos, señor Lake —añadió Coolish—. Para un trabajo decente, por supuesto,

—Quizá —sonrió el joven.

La voz de Gea se dejó oír de repente en el interior de la nave. Parecía muy furiosa.

—i Eso no! ¿Por nada del mundo te lo consentiré, Herb!

—Pero, cariño...

—Anda, sal ya de una vez.

Lake y Sonia estaban al pie de la escalera. Asombrados, vieron que Gea empujaba con cierta violencia al profesor.

—Ni hablar de más viajes por el espacio, el tiempo o como quieras llamarlo —añadió Gea—. Hoy mismo empezaremos a desguazar este maldito cacharro.

—Es la obra de mi vida… —protestó Thooker tímidamente.

—La obra de tu vida será esa lavadora-secadora instantánea que dices proyectaste hace años —contestó Gea agudamente. Miró a la pareja—. Se mete la ropa por un extremo y sale ya seca por el otro, en diez segundos. Eso sí que puede ser una mina de oro, ¿no os parece?

Lake se echó a reír.

—Con tal de que no salgan salchichas…

—Ya vigilaré yo sus trabajos. —Gea se volvió hacia Thooker—. Es decir, si quieres casarte conmigo.

—Pues claro que sí, nena; ya sabes que estoy loco por ti..,

—Entonces, vamos, a trabajar en la lavadora. Gea se acercó a Sonia y la besó en una mejilla. —Es un despistado… pero también un hombre —le murmuró.

Luego besó a Lake.

—Adiós, Brian. ¡Vamos, Herb!

Thooker echó a andar detrás de la impetuosa morena, con la mansedumbre de un cordero. Lake, no muy seguro todavía, procuró fijarse en sus sombras. Sí, también estaban en la dimensión normal.

Al cabo de unos instantes, se volvió hacia la joven.

—Sonia.

— ¿Sí, Brian?

—Ya sé que… no eres una mujer de hielo.

—Tal vez Herb no era el hombre adecuado para mí. Yo me dejé deslumbrar por él, por sus proyectos, por sus maravillosos descubrimientos… y lo único que ha conseguido es construir una máquina que se mueve a enorme velocidad.

—Lo que no es poco, Sonia.

—Sí, pero tú tenías razón: me dejé deslumbrar. Y Gea también, cuando aseguraba que si me casaba con Herb, me pasaría los días y las semanas solas, mientras él se encerraba en su laboratorio... Gea no le dejará, seguro.

—Tiene otro genio —sonrió Lake.

—Posiblemente, el adecuado para tratar a un hombre como Herb.

—Sí, pero dejemos de ocuparnos de ellos. Sonia, seamos modestos. Emprendimos una expedición al infinito, aunque, por fortuna, no resultó. Será mejor que emprendamos otra expedición más corta.

— ¿Adonde, Brian? —preguntó ella, sorprendida.

Lake alargó sus brazos y la atrajo hacia sí.

—Vamos a emprender una expedición a la vida —contestó.

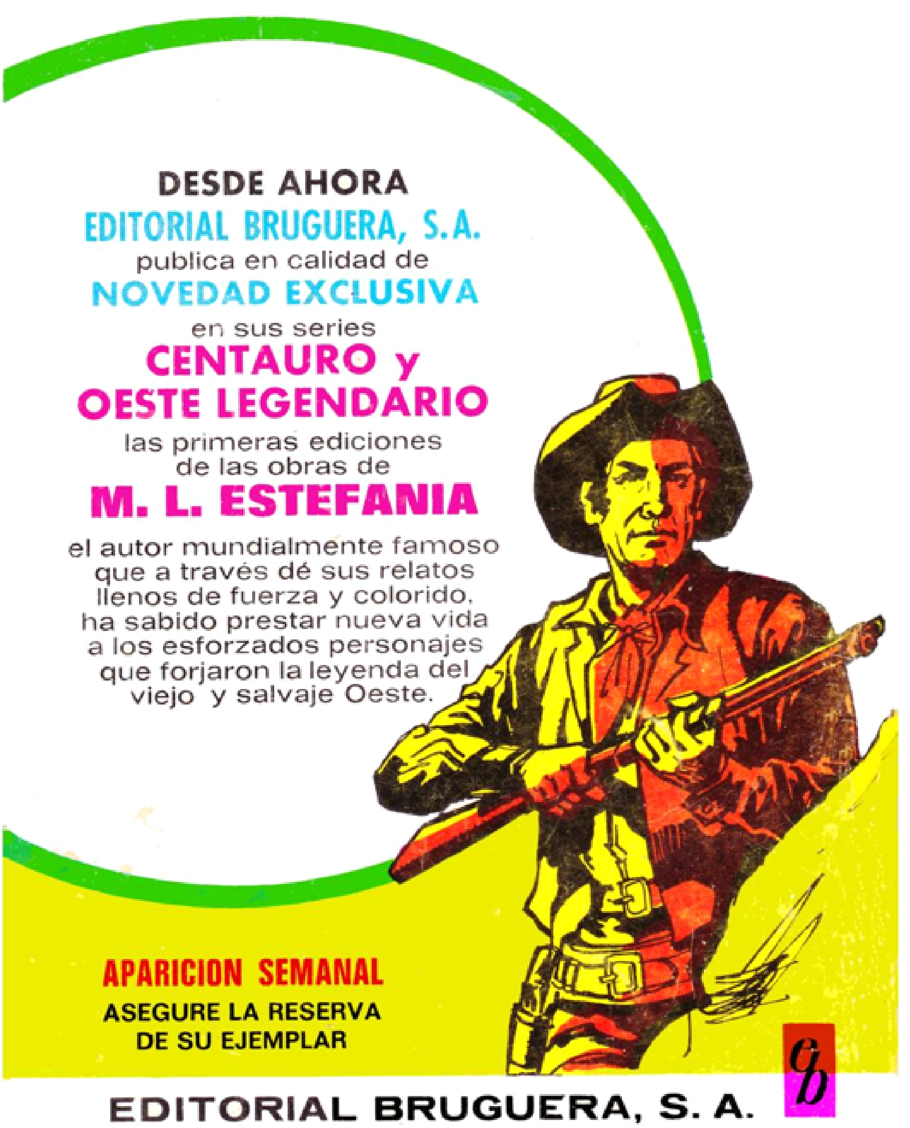
—Será maravilloso —suspiró la joven. Apoyó la cabeza en el pecho de Lake—. Brian, ¿es cierto que nos vimos muertos? —musitó.

— ¿Quién puede aclarar ese misterio? No éramos nosotros, sino nuestros dobles... —Acentuó la presión de sus brazos—. ¿Estoy vivo? —preguntó.

Sonia lanzó una alegre carcajada.

—Agradablemente vivo. —De pronto, tiró de él hacia la casa—. ¡Vamos a la vida, Brian! —gritó.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.